

# La cabeza decapitada

Cecilia Magaña



ARLEQUÍN



Cecilia Magaña

# La cabeza decapitada



ARLEQUÍN

Libro ganador del  
Premio Gilberto Owen 2010  
en la categoría de cuento.

© Cecilia Magaña

D.R. © 2016 Arlequín Editorial y Servicios, S.A. de C.V.  
Teotihuacan 345, Ciudad del Sol  
CP 45050, Zapopan, Jalisco  
Tel. (52 33) 3657 3786 y 3657 5045  
arlequin@arlequin.mx  
www.arlequin.mx

Se editó para publicación digital en julio de 2017

ISBN 978-607-9046-83-5

Hecho en México

Para Javier Rizzo,  
María Antonieta Chávez  
y José Luis Magaña.

Y como las mujeres de ordinario son presurosas y amigas del saber, la primera que se llegó fue una de las amigas de don Antonio, y lo que le preguntó fue:

—Dime, cabeza, ¿qué haré yo para ser muy hermosa?

Y fuele respondido:

—Sé muy honesta.

—No pregunto más —dijo la preguntanta.

Llegó luego la compañera y dijo:

—Querría saber, cabeza, si mi marido me quiere bien o no.

Y respondiéronle:

—Mira las obras que te hace y echarlo has de ver...

Luego llegó uno de los dos amigos de don Antonio y preguntole:

—¿Quién soy yo?

Y fuele respondido:

—Tú lo sabes.

MIGUEL DE CERVANTES

CABEZA 1. Porción del cuerpo del hombre o de los animales, situada en la parte superior o anterior, en la que están localizados algunos órganos de los sentidos, el encéfalo y, generalmente, la boca. Se entiende unas veces incluyendo el cuello y otras sin incluirlo. 2. Esa parte, excluida la cara: «Se ha dado un golpe en la cabeza». 3. Escultura, pintura o fotografía de la cabeza y el cuello o poco más. 4. Cosa o persona más importante entre otras.

*Diccionario de María Moliner*

## Benito hacía milagros

Habían pasado *Marcelino pan y vino* unos días antes. Esa sí la vi completa, pero la biografía de Benito no. Creo que me quedé en la parte cuando entra al seminario. Supongo que de ahí vino la confusión; en la cabeza de un niño las cosas tienen sentido de una manera distinta. Para nosotros se trataba de la imagen de un santo: san Benito.

«Deben de haberle cortado la cabeza, por eso lo pintaron sólo del cuello para arriba», dije, pensando en una estampita que tenía mi abuela, en la que aparecía san Pablo después de que lo decapitaran: los ojos borrados y un círculo amarillo alrededor de las canas. Aidée me miraba con la boca abierta, sacando el aire por el espacio entre la lengua y los dientes, inclinados hacia fuera como si también ellos quisieran escapársele de las encías. Me gustaba Aidée, aunque caminara torcida hacia delante, y lo poco que dijera pareciera venir de un lugar por debajo de su garganta cargada de flemas. A pesar de que mi hermano insistiera en que era mi novia: «no te hagas, te encanta esa niña y sus ojos de vaca».

Benito nos miraba fijamente desde su fondo naranja, con el pelo muy peinado. Lo habíamos descubierto gracias a Aidée. Cuando subimos a la azotea de mi edificio, el Guadalupe Victoria, señaló el cuadrado blanco rodeado de mugre en el cuarto piso y dijo: «¿gogeh edá?». A mí me urgía esconder el trapeador que le habíamos robado a Evelia en alguna de las jaulas y creí que hablaba de ella. «No te preocupes, no nos vio, pero apúrale», contesté, nervioso. No fuera a ser que la conserje terminara de barrer el patio y se diera cuenta de lo que le faltaba mientras nosotros seguíamos arriba. «E senhor», insistió Aidée. Abrí la puerta de metal y corrí a encerrar el mechudo, agitando su melena. «Conque no creías en el robachicos, niña», le dije corriendo el cerrojo que nadie usaba. Pero mi cómplice seguía en el pasillo preguntando casi a gritos: «¿gogeh edá e senhor?».

Así que nos perdimos del espectáculo de Evelia y terminamos frente al retrato en su torre de departamentos. «¿Y e duyo?», preguntó. No supe qué contestarle. Me acordé de lo que dijo mi abuela sobre san Antonio: cómo ella y sus hermanas le quitaban al niño Jesús para pedirle deseos y no se lo regresaban hasta que cumpliera. A lo mejor alguien había robado el cuadro de mi edificio. En todo caso, si nadie lo había regresado significaba que era malo para hacer favores. Decidimos revisar las otras tres torres, pero sólo encontramos marcas de polvo sobre la pared: el santo de Aidée era único.

«¡Joaquín!», escuché mi nombre estirándose por los barandales de cemento; era Evelia. Nos pegamos a la puerta del departamento ocho, haciéndonos flaquitos para que el marco nos tapara. «¡Ya los vi que se subieron! Te voy a acusar con tu mamá ahora que llegue...». Venía por las escaleras. Escuchamos el chicote de sus sandalias cada vez más cerca. «Vas a ver si no me dices dónde lo pusieron». Apreté la mano de Aidée y cerré los ojos, imaginando al santo: «san Benito, que se vaya». Ella repitió junto a mí, a su manera, y nos escuché diciendo: «que se vaya». Como si de verdad fuéramos uno solo, nuestra voz rogó: «que se caiga». El sonido de la ese parecía el de una serpiente que subía a cada paso de Evelia. «Que se caiga, que se caiga, que se caiga». Y seguimos con la letanía, quietos, hasta que oímos el derrapón de su chancla y después los golpes, los quejidos suaves rodando hacia abajo. Aidée me soltó. Sentí la mano adolorida. Nos quedamos

ahí, en silencio. Evelia se quejaba. La señora Muñoz salió de su departamento y llamó a gritos a su marido. Dijeron algo así como que el pie se le había volteado. Seguimos acurrucados en la puerta del número ocho hasta que la llevaron al hospital. El pasillo fue oscureciendo y al llegar la hora de que las luces se prendieran, el foco sobre nosotros zumbó sin encenderse.

Abrí la puerta despacio, casi sin hacer ruido. Tuve miedo de encontrarme a mamá sentada en la sala: el teléfono en la mano, llamando al portero del condominio. Pero sólo estaba Josué, iluminado por las luces amarillas en la tele. «¿Dónde andabas?», dijo sin soltar la palanca. «Habló mamá, que va a llegar tarde. Que tiene junta en el Sanborns enfrente de la oficina... Le dije que ya estabas aquí». Giró la silla para verme. «Y tú no le vas a contar que estuve jugando». Levantó las cejas, esperando que le respondiera. «Okey». Sonrió y regresó a cazar fantasmas que corrían de regreso a su base con los ojos muy abiertos. «Hay gansitos y leche para cenar... ¿Y tu novia?». No le contesté, no tenía ganas de discutir. Tampoco tenía hambre. «Evelia se cayó», murmuré, pero los fantasmas ya se habían recuperado y comenzaban a perseguir a Pac-man.

En la cama estuve dando vueltas sin dejar de pensar en el santo. Había sido efectivo, sin duda, pero el milagro que había hecho estaba mal. Cada vez que cerraba los ojos lo veía, con su fondo naranja, como de fuego, y su cara de enojo. Soñé al trapeador muerto de sed en la azotea y al pie de Evelia, torcido hacia arriba, llamándolo. Me despertó el ruido de la puerta cuando mamá salió a trabajar. Me cubrí con la sábana. Tal vez había sido sólo una casualidad y Benito Juárez no tuvo nada que ver con la caída de Evelia; esas cosas pasan. Mi abuela se resbaló alguna vez en el piso húmedo a pesar de que traía zapatos de plástico. La única manera de saber si el cuadro en el edificio de Aidée había sido responsable del accidente era hacer una prueba.

Aidée tocó el timbre a las diez de la mañana. Supe que era ella porque dejaba el dedo pegado al botón. Josué, reinstalándose frente a la tele, me gritó: «¡ya llegó la loca!». No me había atrevido a contarle lo de Benito. La voz ronca de Aidée atravesó la puerta preguntando, como todos los días durante ese verano, si yo seguía de vacaciones. «No sé cómo le entiendes a esa niña, güey... ¿Será que tú también estás pendejo?». Cerré la puerta de golpe para no escucharlo gritar sílabas sueltas como tarado, imitando a mi amiga. En el patio tuve que explicarle varias veces a Aidée lo del experimento. Pensé que se me quedaba viendo y soltaba la carcajada porque no tenía idea: qué iba a saber de milagros, si no asistía a la escuela ni al catecismo. «Necesitamos hacerlo otra vez, pedir otra cosa. Algo que podamos comprobar rápido, pero distinto a lo de Evelia... no debe darnos remordimiento de conciencia. ¿Sabes de lo que estoy hablando?». Y ella se reía otra vez y jalaba mi brazo. El problema era que no se me ocurría nada que cumpliera los requisitos. ¿Aventar al gato de la señora Muñoz desde arriba y pedir que cayera parado? No. ¿Revivir alguna de las plantas que tenía mamá en su ventana? A lo mejor, aunque la resurrección era mucho pedir. Aidée tiraba fuerte de mí, doblando las piernas como si estuviera a punto de hacerse pipí. Quise sacudirla y hablar como lo haría Josué: «¿qué no me estás escuchando, idiota?», pero no pude. Ella siguió risa y risa con esa lengua gorda, chorreante de saliva, que hizo una mancha redonda en el cuello de su blusa. «Espérate, ya casi se me ocurre»... «Yah», repitió, abriendo la boca tan grande que pude verle hasta las muelas. Parecía tan tonta.

Decidí no cerrar los ojos, sino fijar la vista en la mirada oscura de Benito Juárez. No tenía tiempo para explicarle. Sólo le pedí que repitiera conmigo: «hazlo, hazlo, hazlo», que rogara como cuando lo de Evelia. Empezamos en voz baja, siguiendo el ritmo de nuestras palabras con las manos: «hazlo, hazlo», subiendo de volumen hasta decirlo fuerte, fuerte como un martillo: «¡hazlo!». La señora Muñoz abrió la puerta de su departamento y se asomó chitando: «¿Qué hacen ahí, Joaquín? No anden jugando por las escaleras, ¿qué no se enteraron de lo que le pasó a Eve?... Ándale, bájense de ahí...». Y entonces Aidée habló a mi lado, pronunciando cada palabra: «Usted no sea metiche, o también la tiramos».

La señora Muñoz se quedó parada sobre su tapete de bienvenida, sin decir nada, mientras Aidée y yo pasamos junto a ella: yo con la impresión de que los escalones del edificio tenían un color distinto; Aidée saltándolos de a dos en dos. No me soltó de la mano hasta que llegamos a la planta baja y su cuerpo se torció de nuevo hacia delante.

A veces todavía sueño con la cabeza de Benito sobre sus hombros.



## Crucero

Ella es baja de estatura, tiene hombros de nadadora y mechas rubias. Parece de cuarenta, pero la manera en que se coloca el suéter color hueso sobre su espalda, con las mangas anudadas sobre su pecho, delata su verdadera edad, cercana a los cincuenta. Estamos en el bar de un crucero pagado por la empresa. Ambas nos lo ganamos: ella porque ha abandonado la pequeña escuela que fundó para unirse a la escuela del corporativo; yo por antigüedad. Los sillones de imitación cuero están fijos al suelo, como todo en el barco. El lugar vacío, salvo por nosotras y tres o cuatro meseros. Los otros invitados al viaje, en su mayoría distribuidores que rompieron récords de venta, deben estar en cubierta. Suponemos que comen del bufet nocturno al ritmo de un grupo tropical. Las bebidas alcohólicas no están incluidas en el premio.

Dos hombres con sábanas enredadas al cuello y coronas de plástico corren por el pasillo a un costado de nuestra mesa. Los siguen una jovencita con un vestido de quince años y un tuerto. El primero trae un papel en la mano y grita a los de atrás para que se apuren. Esperanza los mira; el vaso a medio camino entre la mesa y su boca.

—¿Era hoy la fiesta de disfraces?

Los meseros han abandonado la barra del bar donde platicaban y se acercan para ver pasar a un domador de leones y tres ovejas. Cuchichean. Uno de ellos, el mulato, mira hacia nuestra mesa y levanta las manos haciendo un gesto de interrogación. Esperanza y yo sonreímos de vuelta y nos encogemos de hombros.

—¡*Rally!* —grita ella a manera de explicación. El mesero se le queda viendo, como si él mismo hablara inglés sin acento africano. Repito la palabra con acento gringo: *rally*.

El mulato aplaude y vuelve con los otros. Parece que es la primera vez que un empresario mexicano renta el barco entero para hacer lo que se le dé su gana.

—Alejandro, Ruth y Mario se inscribieron. En cualquier momento pasan por aquí —digo.

Pera suelta una carcajada.

—¿No lo puedes creer? —yo también me río. Es fácil hacerlo con ella.

—Sí, sí te creo, cómo no. Es impresionante de lo que la gente es capaz por complacer a este hombre, de veras.

—Y por ganarse algo.

—Por ganarse algo... —repite mirando hacia la ventanilla, como si pudiera verse algo allá afuera, donde todo es Mediterráneo.

Imagino la estela blanca del barco: una línea curva en dirección a la conquista de Roma. Esta mañana el jefe ha tenido una junta con los distribuidores en el salón de eventos para darles instrucciones: tendrán todo el día para reclutar a cinco italianos cada uno. Deberán llevarlos al hotel Hilton, donde se les enlistará como vendedores de polvitos energéticos. Miles de italianos capturados en una sola mañana.

—Quiero un cigarro, pero no me dan ganas de ir allá arriba. Van a estar todos alocados, como en la estación.

Los veo apretujados, como en la parada que hicimos hoy en Niza. Cargando sus bolsas con productos y cajas, empujándose como si se fueran a subir al metro de la ciudad de México.

Incapaces de esperar hasta que los pasajeros europeos bajaran al andén.

—Parece que no pueden hacer las cosas de otra manera —levanta las cejas, da el último trago a su vaso y dice en voz más baja—: no dejamos de ser quien somos.

¿Quién es ella? Sé que Esperanza no terminó la carrera de historiadora y que hace más de diez años fundó una escuela con un concepto más bien *hippie* de la educación. Ahora, por un mejor sueldo, está en la empresa.

Los vendedores disfrazados pasan, abriendo y cerrando la puerta plegadiza que viene de cubierta. Alcanzamos a escuchar la música, que no es tropical, sino algo al estilo de Glenn Miller. Entre los corredores del *rally* pasa Ruth, una maestra del área de preescolar, vestida de arlequín. La muchacha que cenó con nosotros ayer es parte de su equipo. Las dos nos saludan agitando los brazos. Ruth hasta se atreve a soltar un gritito emocionado, sin perder velocidad.

—¿Era la del *alzheimer*? —pregunta Esperanza, moviendo el vaso en dirección a ellas, como si brindara. Yo asiento con la cabeza.

Desde que nos sirvieron la sopa de espárragos y hasta que abandonamos el postre de anoche, la muchacha trató de vendernos unos sobres de multivitamínicos. «A mí me diagnosticaron *alzáimer*, y mire, qué repuesta que estoy». Luego habló de unas carnosidades que tenía en los ojos y se estaba tratando. Acercaba su cara a la mía, parpadeando: «¿Sí alcanza a ver?». Después había sacado uno de sus sobrecitos con un líquido amarillento, mordió la orilla del empaque y echó la cabeza hacia atrás. «Pero señora», la detuvo Pera, «ese producto es para beberse». Otro distribuidor en nuestra mesa intervino: «No, también se unta, ¿verdad?». La enferma de *alzheimer*, aprovechando la distracción, se puso el líquido en los ojos e hizo un sonido con la boca, algo así como un «shhh», pero hacia adentro. Nos retiramos de la mesa cuando insistió, a pesar de su ojo enrojecido, en ponerme un poco de su medicina sobre una vieja cicatriz, cerca de la muñeca.

—¿Habrá convencido a Ruth de probar algo?

Volvemos a reírnos. Me llevo el vaso a la boca y siento los hielos sobre el labio. Esperanza saca la cajetilla de su bolsa, pero no dice más, sólo se pone a jugar con ella, girándola en la superficie de la mesa.

—Vamos —le digo.

Habíamos pagado las bebidas por adelantado. Dejamos un par de dólares para el mulato, que permanece entre sus compañeros y junta las manos en un gesto de agradecimiento.

Arriba, Esperanza se pone el suéter. Nos quedamos de pie, frente a uno de esos cristales a todo lo largo de cubierta. Pienso que los han puesto para evitar cualquier intento suicida, pero no lo comento. Prendemos un cigarro cada quien y lanzamos el humo hacia arriba. Las dos nos hemos prevenido trayendo un paquete en la maleta, así que no es necesario fumar despacio. La banda ha dejado de tocar, pero los instrumentos permanecen sobre el escenario, frente a la alberca de agua salada.

—¿Un zapato rojo? —grita un monje desde las escaleras —. ¿Zapato rojo?

Ella dice que no con la cabeza.

—¿Y en su cuarto? ¿No tienen uno? —insiste, mirándome a mí.

—No —contesto, y como detrás de él ya viene otra mujer, a la que sólo le veo el sombrero, tengo que gritarlo—: ¡No!.

Un grupo de distribuidores en los camastros vacíos parece tomar nota de la pista. Alcanzo a escuchar una voz aguda que dice: «yo le corro por el zapato y ustedes se van para el casino».

Esperanza sigue callada. Estoy a punto de preguntarle qué está pensando, cuando vuelve a hablar.

—Yo creo que podemos hacer un cambio en la escuela... si hacemos un plan de trabajo juntas —el humo escapándose entre sus dientes delgados, como los de mamá—. Esos chavos están echados a perder por abandono, no por otra cosa. Contigo a la cabeza del departamento de inglés vamos a darles más estructura...

—Sí...

—Por eso te propuse, porque estoy segura de que queremos lo mismo —sonríe.

Y yo estoy muy agradecida con ella. He pensado que la oportunidad de formar parte del sistema, de la élite corporativa, tiene que servir para algo.

Fumamos de pie, con la sensación de que el barco se desliza sobre la noche que está tanto abajo, en el agua, como arriba. Aún no tengo idea de lo que va a pasar dentro de unos meses, cuando el marido de Esperanza haya muerto.

El grupo de distribuidores ventajosos se retira. Nos sentamos en los camastros. Seguimos fumando y acordamos quedarnos ahí hasta el momento de la premiación. No hablamos mucho. Ya habrá mucho tiempo para hacer planes de regreso a México. Para escaparnos a algún café, cerca de la escuela, o al estacionamiento, para fumar en su camioneta y soñar con alumnos autónomos, comprometidos socialmente. Para abrazarla cuando lllore su viudez. Para enterarme de todo lo relacionado con esos profesores a los que ella ha conocido antes de unirse a la empresa y que irá contratando poco a poco, a los que protegerá aunque demuestren una y otra vez que no terminan de dar el ancho. Horas de plática en las que habré de escuchar lo necesario para redactar reportes a sus espaldas, cuando Dirección me lo exija. Datos que el departamento de Recursos Humanos usará para forzarlos a entregar sus cartas de renuncia porque Esperanza se habrá negado a despedirlos ella misma.

La miro encogerse de frío, pequeña como es, envuelta en ese suéter color hueso. Le sonrío, me recuesto en el camastro y ella me imita. Miramos las estrellas.

—Si hubieras traído un disfraz, ¿de qué sería? —pregunta.

—De puta. Es el más fácil.

## Emoto

Fue un fin de semana en el camellón de avenida Chapultepec. A Emilio le gustaba ver a los chavos que andan en patineta y dan saltos de una jardinera a otra, con esos pantalones que parecen ser dos tallas más grandes de lo necesario y hacen que se les vean los calzones. Nos sentábamos en una banca. Yo leía un libro y él los observaba, tomando notas en su cuaderno, dibujando trayectorias y bocetos de alguno de ellos en pleno vuelo. Alguna vez le pregunté por qué no lo intentaba; podíamos comprarle una patineta usada y el equipo de seguridad en la quincena, la del treinta, cuando no toca pagar la renta. Me dijo que no, que era muy torpe, y siguió dibujando, pero trató de convencerme de que le comprara unos pantalones como esos y un juego de bóxers.

—¿Crees que te voy a dejar andar por el mundo con media nalga de fuera?

Pero luego me quedé pensando en que era un buen niño. También torpe. Basta verlo en la cocina, tratando de alcanzar algo en los estantes, para darse cuenta de que no será un atleta. Empieza por buscar el banquito que tengo en la alacena. Logra sacarlo de ahí en varios movimientos: abrir la puerta de madera, alargar los brazos y sujetarlo, golpear las patas del banco contra el marco de la alacena, reacomodarse, ponerlo en el suelo, arrastrarlo afuera poco a poco, y si ya está muy desesperado, jalonearlo a riesgo chocar con el borde que en primer lugar le ha estorbado para sacar el banco. La rutina continúa con Emilio subiendo un pie inseguro, luego el otro, y concluye con el estiramiento de todo su cuerpo, tembloroso como un espárrago, para bajar el bote de la mermelada o la caja de Corn Flakes.

Una amiga que pudo contemplar todo el acto me preguntó por qué no ponía las cosas más a su alcance o cuando menos le echaba una mano. Sentí que los cachetes me ardían, y la cuchara con la que removía mi café hizo un ruido contra la porcelana que obligó a parpadear a mi amiga.

—Porque Emilio no es un idiota —respondí.

Emilio no es un idiota. Al contrario, es un genio en potencia, y como buen genio, carece de habilidades físicas. Me queda claro que al ver a los eskatos los admira y envidia, que acompañarlo al camellón todos los fines de semana puede parecer cruel. Pero todos tenemos que darnos cuenta alguna vez de nuestra naturaleza: somos intelectuales o somos atletas, somos cabeza o somos cuerpo. Emilio necesitaba esas visitas para dolerse y entrar poco a poco a un estado de aceptación y autoconsciencia, desarrollando, al mismo tiempo, sus habilidades para el dibujo.

Aquel fin de semana, sin embargo, fue otra cosa la que lo cautivó: una serie de carteles expuestos en el camellón previo al de los eskatos. Eran fotografías de cristales de agua vistos en microscopio, parte de un experimento japonés, dirigido por un tal Emoto, sobre el efecto de las emociones y el lenguaje sobre la materia. Los carteles mostraban partículas de agua formando cristales armónicos, si habían estado en un frasco rotulado con palabras como *amor*, *felicidad*, *respeto*. Los cristales expuestos a las palabras *odio*, *tristeza* y alguna otra más, que supongo sería el antónimo de respeto, captaban formas desordenadas, caóticas, en pocas palabras: feas. La tesis de Emoto era que si el lenguaje emocional afectaba tanto las partículas de agua, y los seres humanos somos más de setenta por ciento agua, ¿qué daño nos estamos haciendo unos a otros

cuando nos agredimos verbalmente?

Emilio, que estrenaba sus pantalones nuevos y exhibía, a petición mía, sólo parte del resorte de sus calzones, empezó a usar el cuaderno para tomar notas. Estaba impactadísimo.

—Mira ésta, mamá —dijo señalando una muestra que supuestamente había sido tomada en no sé qué lago alrededor del cual oraron no sé cuántos monjes budistas y que era, obviamente, un cristal hermoso.

Debo decir que me entusiasmaba el nuevo interés de mi hijo por algo distinto a las patinetas, aunque lo de Emoto me parecía un espectáculo: ¿qué clase de científico se inventa un seudónimo para estar a tono con su propia investigación?

—Qué interesante —debo haberle respondido, aunque me adelanté un poco para asegurarme de que todo aquello no terminara promoviendo alguna secta religiosa.

Fue entonces que encontré el experimento sugerido en el último cartel de la exposición. Claro que estaba escrito a forma de testimonio: «Menganito de Tal coció al vapor un kilo de arroz y lo dividió en dos frascos de cristal. A uno le puso la etiqueta: “te amo”, al otro le puso la etiqueta “eres un tonto”. Durante varios días al llegar de la escuela —porque Menganito de Tal era un niño — se acercaba a cada uno de los frascos y les decía con la emoción correspondiente a cada uno: “te amo”, “eres un tonto”». No entiendo por qué escogieron esa frase, en lugar del opuesto lógico «te odio», pero el caso es que al final del experimento, el pequeño Menganito pudo comprobar que el arroz del primer frasco no sólo se mantuvo en buen estado, sino que al destaparlo «olía bien». El otro, se puso negruzco, se pudrió. Sobra decir que apestaba incluso más de lo que debía apestar un frasco de arroz al vapor después de varios días.

—Tenemos que hacer eso, mamá —escuché la voz de Emilio detrás de mí.

Cuando vi la expresión en su cara supe que no tenía más alternativa que ir en ese momento al Oxxo para comprar dos frascos de Gerber, que él devoraría ahí mismo, y un paquete de arroz.

Durante toda la semana, al llegar casa después de recogerlo de la escuela, Emilio se sentaba delante de su arroz: a uno le susurraba con voz cariñosa «te amo», y al otro le gritaba «¡eres un idiota!», porque la palabra *tonto* le pareció demasiado suave. Los letreros que había pegado con cinta *masking* a los frascos tenían los respectivos mensajes: uno con una esforzada letra manuscrita, el otro con letras angulosas rematadas en piquitos espinosos.

Una de esas noches, antes de apagar la luz de su cuarto a la hora de dormir, lo sorprendí mirándome de forma extraña.

—¿Qué pasa, Emilio?

—Te quiero.

Lo dijo en voz muy baja y sin desarrugar la frente, con la misma cara de concentración que ponía delante de sus frascos.

El miércoles, en la oficina, nos cayó una auditoría sorpresa. Tuve que trabajar hasta tarde y dejar a Emilio solo en casa, pero encargado con la vecina: una viuda cincuentona adicta a los juegos de mesa. Ella tiene llaves de nuestro departamento y, si se lo pido o le llamo por teléfono, entra a ver cómo está Emilio y lo invita a una partida de ajedrez o damas chinas. No era la primera vez que esto era necesario, pero sí la primera que me quedaba a trabajar a solas con Arturo Reyes, el actuario del despacho. Siempre he tenido una debilidad por los hombres inteligentes, así que por dos noches seguidas terminamos la jornada de trabajo yendo a comprar café, coqueteando con la excusa de estirar las piernas después de tanto estar sentados. Mientras

hablábamos de cualquier cosa me sorprendía pensando que no había llevado un hombre al departamento desde que Emilio era un bebé de meses.

La tercera noche lo hablamos directamente. Arturo Reyes era casado, así que su departamento no era una opción, y yo pensé, porque soy un poco supersticiosa, que no quería volver a estar en un motel después de lo que había pasado con el padre de Emilio.

Entramos sin hacer ruido; yo con los tacones en la mano, él siguiéndome con el celular prendido para no tropezarnos. Ya en mi cuarto cerramos la puerta y empezamos a quitarnos la ropa. Me desnudé demasiado rápido, tanto que me quedé un momento desnuda, abrazándome y de pie, dudando si debía ayudar a Arturo a quitarse algo. Fue entonces que lo escuché, entreabriendo la puerta, y apenas alcancé a cubrirme con el vestido que había tirado en el suelo antes de voltear. No tuve tiempo ni cabeza para empujar la puerta y dejarlo fuera.

Los frascos se le cayeron de las manos y se estrellaron contra el piso. Los pedazos de cristal y arroz saltaron en todas direcciones y yo salté con ellos, descalza, dejando escapar un grito. No tengo idea de dónde o qué estaba haciendo Arturo en ese momento, mientras de mi garganta salía ese sonido agudo y daba un brinco alejándome de la puerta, en lugar de correr a prender la luz, de asegurarme de que los vidrios no le hubieran hecho daño a mi hijo, a Emilio, que sobre el charco apestoso de su experimento, sólo dijo:

—Eres una idiota.

## Lotería

### El árbol

Manuel Corona estaciona la camioneta a la orilla del parque y envía a su hijo a que escuche a los jefes mientras hablan con el delegado. No confía en Ortega. Si no manda al muchacho a negociar la ubicación del carro, son capaces de dejarlo hasta el final. «Tu juego casi no paga, Manuel, deberías de invertirle a otra cosa. Ya nadie se lo cree. Ni siquiera les interesa descubrir el truco». Y él tendría que contestar una vez más: «Es un espectáculo, no un juego». Ahí está el problema: dicen, pero no saben. Él se la ha pensado con la tómbola y la lotería; también consideró renovarlo cuando le ofrecieron botes con fetos de animales y una de esas cabras con cinco patas que el público puede tocar y alimentar. Pero cualquier cosa nueva que procure dará más dinero que la cabeza, y entonces van a pedirle que coopere, que comparta las ganancias con los otros. «La feria es de todos». Si se niega, lo invitarán a dejar la comunidad, y si acepta, peor: lo mandarían a negociar con los delegados. Manuel Corona no está hecho para eso. Qué importa que nadie crea, si a él mismo no le mueve más que la necesidad de vivir tranquilo, lejos de cualquier demanda que no sea responder las preguntas, cuando es sólo cabeza.

Escucha el silbido de su hijo y baja la ventanilla. Lo ve señalar un espacio debajo de un tabachín y el área en medio de unas jardineras. Voltea a ver el cielo. Está soleado, pero uno nunca sabe. Chifla, señala el árbol y lo ve correr de regreso al grupo donde se toman las decisiones. Es un buen hijo; aunque nunca ha querido poner su cuello en la charola, parece que le gusta la vida en caravana y andar con los patronos. Lo mira trotar hacia la sombra del árbol; la luz de medio día rozándole los hombros. Les dieron el bueno. Enciende el motor y tuerce el volante, pensando que a lo mejor su muchacho tiene futuro entre esa gente. Pero uno nunca sabe.

### La escalera

Una nube violeta se extiende por encima de los multifamiliares. Los compañeros preparan las lonas y dejan las sogas atadas a las láminas de los puestos. Pablo Corona sigue fumando en la banca, frente al carro de su padre. Uno de los hermanos Villa le menta la madre con la mano, sonriendo, y él se encoge de hombros, exhala el humo entre los dientes y señala la camioneta mal pintada con un gesto cercano al orgullo. El letrero de la cabeza decapitada se le revela apenas distinguible, con una letra anticuada, como los letreros en los estanquillos del centro en cualquiera de las ciudades que han visitado: todos iguales. Le da otra calada a su cigarro, sin quitar la vista de la tipografía descarapelada: «P se y mar víllese: ve, habla, escucha». Si pudiera convencer a su papá, le pintaría el diseño que hizo en la computadora de Ortega. Tal vez... Se da cuenta de que no ha instalado la escalera.

Avanza hasta la cabina, no sin antes silbarle un «chinga a tu madre» a Villa, que ya aseguró el puesto de la lotería y corre a cubrir otro. Pablo busca a tientas la estructura de metal, plegada

detrás del asiento del copiloto. Su papá sigue dormido, con la boca entreabierta, sin soltar el volante. Haciendo el menor ruido posible, Pablo saca la escalera y la lleva hasta la puerta a un costado del letrero. El espacio vacío hace que el carro se vea más alto y le recuerda las noches en que se escondía ahí abajo, contando los pares de pies que hacían fila y subían. Zapatos de todos colores, con suelas risueñas, esperando su turno para entrar a ver al personaje que fue decapitado por infiel, suspendido en el tiempo gracias su sincero arrepentimiento: la cabeza con el don de ver el futuro ajeno.

Se pone en cuclillas antes de enganchar la escalera e intenta rodar su cuerpo para comprobar si todavía cabe. Aprieta los hombros, la camiseta se rasga contra el piso, pero logra acomodarse de costado, extendiendo un brazo hacia afuera para moverse con más libertad entre los ejes. Delante de él, se extiende el cemento tibio, cubierto de hojas y flores anaranjadas. Pablo se queda ahí abajo, hasta que cae la primera gota de lluvia.

## La dama

Consuelo sube los tres escalones de metal; la humedad de sus zapatos rechina en cada uno. El charco bajo los peldaños refleja los foquitos intermitentes. Un destello la deslumbra y ella se detiene. No hay barandal. Germán está viendo otra cosa: el puesto de las canicas o el tiro al blanco.

Lo llama por su nombre. El ruido de la bocina cubre su voz y anuncia de nuevo la cabeza que ve, habla, escucha. Tiene que insistir más fuerte: «¿No vienes?». Extiende la mano hacia él para que la tome. Cruza la entrada y deja que las cuentas de madera y plástico le rocen las mejillas. Entrecierra los ojos a la luz que promete con voz rugosa: «ve, habla, escucha». La detiene un muchacho con aliento a cigarro: «veinte pesos, señora». Germán le respira en el hombro mientras ella revuelve el fondo de la bolsa, haciendo a un lado el recibo de la luz y la crema para sus manos, cada día más reseca. Germán termina pagando. «Gracias», dice Consuelo y avanza por el pasillo cubierto con pedazos de cartón. El golpe de calor la toma por la cintura y se le instala en el cuello y encima de los labios. Aprovechando un área oscura, antes de la sala principal, se seca el sudor con la manga, justo antes de quedar delante de una red que la separa de la mesa con «la cabeza decapitada».

Las espadas cruzadas y la charola de plata son las mismas. Pero los parpadeos del cráneo oscuro, que de joven le provocaron una carcajada de dentadura completa, no son los mismos. La risa pecosa con la que pegó su cuerpo al de un Germán más flaco, Germán que se agachó para descubrir el juego de espejos y explicarle el truco, ya no está. «¿Vas a preguntarle algo?». Germán empieza a cruzar los brazos. Un timbre agudo suena detrás de ella y lo ve dándole la espalda en el reflejo: Germán encorvado, su celular en una oreja, la otra cubierta con la mano y ella quieta, incapaz de recordar la pregunta que hizo la primera vez... ¿Era la respuesta?

«¿Ya?». Germán se guarda el celular en bolsillo del pantalón y Consuelo sigue callada, abriendo y cerrando los párpados, como si por ellos respirara el polvo grasoso que mancha el cristal.

## La luna



No hay señales de que vuelva la lluvia. El viento corre entre las ramas de los tabachines y mueve el cable sobre el carro. La guía de focos que prenden y apagan, dando la ilusión de una luz que corre a lo largo de todo el cable, está chimuela. Otro foco, también intermitente, nacido de la serie y detenido por lo que fuera un gancho, como una extensión, ilumina las letras pintadas sobre lámina:

**LA CABEZA DECAPITADA**  
**P se y mar víllese: ve, habla, escucha**

LA CABEZA DECAPITADA  
P se y mar víllese: ve, habla, escucha

Lotería

**LA CABEZA DECAPITADA**  
**P se y mar víllese: ve, habla, escucha**

LA CABEZA DECAPITADA  
P se y mar víllese: ve, habla, escucha

**LA CABEZA DECAPITADA**  
**P se y mar víllese: ve, habla, escucha**

LA CABEZA DECAPITADA  
P se y mar víllese: ve, habla, escucha

LA CABEZA DECAPITADA  
P se y mar víllese: ve, habla, escucha

CORTAR LA CABEZA: Hacerlo como procedimiento de ejecutar a un condenado.

*Diccionario de María Moliner*

## El patíbulo

La cámara grúa hace un paneo al escenario estilo medieval. Suena el tema «Así habló Zaratustra», de Richard Strauss. Los timbales acompañan el movimiento de la cámara dos, hasta la tercera ronda de trompetas y cornos, dando el cambio de cámara: *close up* a los rostros encapuchados de los finalistas alineados a lo largo del patíbulo. En la pantalla aparece el súper con el seudónimo de cada uno, seguido del número novecientos para que el público vote: «apoya a tu favorito y participa en el sorteo de ¡cien mil pesos!». Scorpio y Triturador miran a la cámara detrás de la tela negra que aprieta sus narices y deja al descubierto mandíbulas y bocas: una rígida, la otra sonriente, ambas maquilladas para dar un efecto de sensualidad.

—Señoras y señores, bienvenidos a la gran final de *El patíbulo*.

La voz del señor Aguayo pronuncia el nombre del *reality* deslizando las vocales a lo largo del cableado que va desde la cabina hasta las bocinas del foro 12.

—Queda con ustedes la doncella más bella: ¡Estela Olivares!

La música retoma intensidad y los edecanes vestidos de plebeyos levantan los letreros de «Aplausos» hacia el público, mientras la estructura del puente levadizo en el escenario baja lentamente. Una nube de humo blanco se disipa al paso de la conductora, custodiada por dos caballeros en armadura.

—Buenas noches querido público...

Pausa para recibir más aplausos y algunos gritos destemplados. Uno de ellos haciendo referencia a sus senos, apretados dentro del vestido que le obliga a usar el productor. Estela sonríe.

—Y muchas gracias, señor Aguayo, ¡un aplauso para la voz de *El patíbulo*!

Los rostros en las tribunas parecen rugir. Ella manda un beso hacia la cabina y espera la siguiente línea en el teleprompter.

—Ésta es una velada muy especial: el final del camino, un camino tortuoso y lleno de emociones para encontrar al verdugo de nuestros tiempos, al hombre capaz de superar sus propios límites ante el dolor ajeno. El caballero dispuesto a pagar las consecuencias por simbolizar ese lado oscuro de nuestra naturaleza: la encarnación de nuestros temores y nuestras fantasías más extremas. Es por eso que nos acompañan esta noche los representantes de la Policía Judicial Federal.

La cámara toma al par de oficiales con gafas oscuras, que permanecen impassibles ante la rechifla de la audiencia.

—Serán ellos quienes, de acuerdo a la ley, aprehenderán al antihéroe que resulte triunfador.

—Así es, doncella, ya que, como sabe nuestro amable público, este concurso no se hace responsable de los actos cometidos por los participantes.

Seguimos viendo a los judiciales en el monitor hasta que, a una señal del *floor manager*, asienten con la cabeza. La anfitriona vuelve a cuadro, parpadeando rápidamente, esperando el turno de Aguayo.

—¿Y cuál será el reto final, mi bella Estela?

—El más monstruoso, por supuesto, pero antes de pasar al reto, recordemos la trayectoria de

nuestros verdugos a lo largo del show, ¿me acompañan?

Los finalistas mueven los pies, descansando de la postura de brazos atrás y piernas abiertas que les exige el director de escena y miran hacia la pantalla gigante donde comienza el resumen de imágenes. Scorpio se mece hacia atrás y adelante, abriendo y cerrando las manos. Sabe que pasarán el momento en el que no pudo contener el vómito después de destazar al cachorrito y que la gente se reirá, otra vez. El maquillaje oscuro alrededor de los ojos le pica, pero no puede rascarse: «se corre, no se te olvide, y entonces vas a andar con la mano toda manchada y el párpado cheche, como payaso de semáforo».

El director de cámaras se da cuenta y manda la orden para que integren su toma en un recuadro.

—Soy un chingón.

Levanta los brazos cuando los ojos llorosos de Scorpio se exhiben junto al segmento del perro. Desde el chicharo le susurra a la doncella más bella que cambie el orden de las entrevistas para pasarlo a él primero.

—Te apuesto lo que quieras a que este cuate se raja.

Comienza la cuenta para Estela Olivares, que entra en tres, dos...

—¡Qué tormento, señoras y señores! ¡Qué estómago de acero han requerido nuestros soberbios verdugos para llegar hasta aquí! Muchos lo intentaron y no pudieron: hagamos juntos un recuento de aquellos que no tuvieron el temple para llegar a esta gran final y volvemos después de un mensaje de nuestros patrocinadores.

Respira y se acomoda el escote aprovechando el bajón de las luces. Es la última noche.

Triturador le da una palmadita en el hombro a Scorpio y se ríe haciendo ruido con la nariz cuando proyectan la imagen de Eriberto Rodríguez diciendo que con el millón pensaba comprarle casa a su mamacita, seguida de la escena en que los caballeros le quitaron la máscara después de confesar que había plagiado el diseño de la máquina cortadedos.

—La tuya sí estuvo buena —le dice uno de los tramoyistas a Scorpio, rodando uno tocón de madera hacia el centro del escenario—. Aunque la del Triturador ganó.

Scorpio entrecierra el ojo. El tramoyista vuelve a la orilla del escenario y aprovecha la pasada para acercarse a él y agregar:

—Acá entre nos, yo digo que el Triturador es medio puñal, si no, ¿cómo fue que se le ocurrió eso de hacer esa cosa que subía por el ano?

Scorpio se ríe y cruza los brazos, necesita mantener las manos lejos de su cara. El tramoyista echa un ojo rápido a la pantalla gigante y da un paso más hacia el Scorpio, para decir:

—En lugar de llamarse empaladora motorizada, debería de haberse llamado *Siéntateme'á'i*.

—Pues siéntateme aquí —Triturador ya está detrás de él, con la mano en la entrepierna.

El tramoyista levanta las dos manos, sorbiéndose la nariz. Triturador le da un empujón y levanta las cejas. Scorpio alcanza a ver que el camarógrafo de la cuatro está listo para hacer una toma de lo que está pasando y murmura:

—Ya, ya... ¿quieres que te descalifiquen? Acuérdate del Loco.

Triturador muestra su sonrisa amplia y deja pasar al tramoya, a quien los de utilería ya le chiflan desde abajo del escenario con otro tocón listo para subir. Las hachas no llegan. Todavía.

—Posiciones, posiciones.

El *floor manager* truena los dedos. Los plebeyos levantan sus letreros y la gente ovaciona a Estela, que va a sentarse sobre el tocón central, ayudada por sus caballeros. La gaza del vestido se le atora en una astilla y lo libera con gracia improvisando:

—¡Qué barbaridad! Esto no es lugar para una dama, pero aquí me tienen...

Más aplausos. Mira sus tarjetitas negras

—¡Que venga Scorpio al patíbulo!

Scorpio sube las escaleras y se sienta junto a ella, rígido, de brazos cruzados. Sigue el formato.

—Mi querido Scorpio, te hemos visto conmovido al ver las memorias del programa, ¿cómo te sientes?

—Bien, Estela... Nervioso, supongo.

La conductora repone:

—Pero lloraste.

—Hay cosas del programa que han sido difíciles.

—¿Y crees que puedas con el reto de esta noche?

—Sí.

Mira hacia el público, aunque sólo alcanza a ver las primeras dos líneas de asientos. Ella no está.

Desde el audífono, Estela alcanza a escuchar al director diciendo: «¿cómo es posible que en tres meses de trabajo no se dé cuenta este pendejo de lo que vale el tiempo de televisión?».

—Scorpio... En aquella ocasión te salvó el público, pero ésta es la gran final...

—Sí.

Busca, pero otra vez no vino. El maquillaje le arde.

—Siempre tan hermético... Y en caso de que te atrevas a llevar a cabo esta última tarea y seas el ganador, recuérdanos, ¿qué harás con el millón de pesos, sabiendo que no podrás disfrutarlos tú mismo desde la penal? —recibe la instrucción de corregir—. Bueno, por lo menos el tiempo que dure tu condena.

—Tengo una deuda.

La luz de la cabina se enciende y el director le hace señas con una mano, formando una especie de pico que abre y cierra.

—Hoy sí puedes revelarnos más de ti mismo, Scorpio. Cuéntanos, ¿qué clase de deuda?

—De dinero, Estela.

Alguien en el público se ríe y un animador levanta el letrero de «Aplausos». La conductora mira a la cámara y vuelve los ojos a sus tarjetas. Finge leer y repite palabra por palabra lo que le dictan al oído.

—Pues en mis notas de producción, que hasta ahora no habíamos revelado, tengo que tu verdadera profesión es la de arquitecto y que has estado desempleado por varios años. ¿Por eso la deuda?

Scorpio aparece en la pantalla. El calor del set, en combinación con las luces, va en aumento. Se olvida de la posición establecida, parece que se va a llevar las manos a la cara, pero las entrelaza.

—Es un buen motivo para participar, Scorpio... ¿Quieres decirnos algo sobre esto?

Él mira hacia la tribuna y tiene la impresión de que se ha recorrido. El público está muy cerca, pero no alcanza a verla a ella.

—Tengo entendido que fue tu esposa quien te inscribió al concurso.

—Sí.

—¿Está entre el público?

—Creo que no. No ha venido.

Responde quieto, aunque siente que la máscara le carcome.

—Tal vez la veas más tarde. Esta noche es la final...

Estela muestra los dientes, descorriendo los labios despacio.

—Volvemos con el Triturador, ¡no se vayan!

Bajan las luces, Scorpio sigue de pie junto a ella, que le dice, por encima del hombro de la maquillista que le retoca la nariz:

—Es televisión.

Resume los cachetes para que le remarquen los pómulos con rubor y repite, aunque el finalista ya le da la espalda:

—Es televisión.

Levanta la mano y llama al Triturador, que se coloca en su marca al lado de Estela y recibe sus comentarios sin dejar de verle el escote.

—Ven, ven... Ya vi tu anuncio de Gatorade, felicidades... ¿Qué te parece si empezamos la entrevista hablando de eso?

En la cabina, los encargados de los monitores cuatro y dos se divierten, hacen un doblaje simultáneo a la conversación del concursante con la conductora, mientras en las pantallas de los televidentes se transmite un anuncio de tequila:

—Qué jugosita debes estar debajo de ese vestidito, mami.

—Parezco piruja medieval, ¿verdad?

—Nomás que se vaya la gorda de la maquillista vas a ver, putita...

Ella abre y cierra la boca para distribuir el labial y los dos técnicos se ríen.

—¿Y cómo ves al Scorpio? ¿Crees que se atreva? —pregunta Estela, estirando la mano para recibir el pañuelo desechable con el que termina el ritual.

—No.

Triturador levanta la cara para su retoque de pasta negra en los párpados.

—Aunque uno nunca sabe, mi reina...

Scorpio, de pie junto a la cortina negra que marca el límite del escenario, se talla los ojos con el dorso de la mano. La maquillista truena la boca cuando se da cuenta y va hacia él, pero la detiene el *floor manager* que, sin quitarse los audífonos, le señala la cabina del director:

—Nada de retoques para éste.

Vuelven al aire con la entrevista a Triturador, mientras el arquitecto se balancea, fuera de cuadro. En el rincón en donde espera lo que siga a continuación, vuelve al cuarto donde esta tarde ella habló de visitas conyugales y fondos de inversión. «Si te portas bien, serán sólo diez años... y cuando salgas nos vamos a otro lado, a donde quieras. El premio alcanza para que no tengas que volver a buscar trabajo... Podemos construir otra vez la casa, esta vez cerca del mar... ¿Te imaginas?».

Mira el dorso de sus manos embarrado de negro y la sensación cremosa le recuerda la sangre del cachorro pegada a sus dedos. Vuelve a restregarlas contra la cortina hasta que se da cuenta de que el tramoyista lo observa.

—Esta porquería no se quita.

La pantalla gigante proyecta al Triturador golpeando a su prisionero en la semifinal.

—Ese cabrón o trabaja para el narco o es policía, una de dos —dice el tramoyista, que sigue ahí, aunque mantiene una distancia prudente. Scorpio no responde. Tal vez ella esté en las butacas del fondo, pero la luz de la cabina no vuelve a encenderse como para alcanzar a distinguirla.

—¿Qué tal estuve, mi Escorpión?

Se acerca Triturador sudoroso, dando una zancada para bajar del escenario, seguro, como si no estuviera encandilado.

—Bien, muy bien...

El muchacho de tramoya se ha ido.

—Mi querido señor Aguayo, ¿sabe usted qué nos espera ahora? —a la voz de Estela sigue el alboroto del auditorio; no hacen falta ya los letreros de los animadores.

—Hay alguien en el puente levadizo, doncella.

—¿Quién osará venir en este momento al patíbulo?

Aguayo se retrasa en su línea y ella insiste:

—¿Quién?

—Nadie más que los condenados a muerte.

—¡Qué terrible! ... ¡Que pasen!

—No antes de un mensaje de nuestros patrocinadores.

—¡No se vayan!

Las luces se encienden por un momento. El equipo de utilería coloca las ya conocidas cubetas metálicas a cada lado de los pasillos.

—Ahora sí es el bueno... ¿Vinieron a verte?

—Sí —Scorpio con el cuello tenso, los ojos buscando—. ¿Y a ti?

—También.

Pero Triturador no parece interesado en ubicar a nadie, más bien se fija en el maquillaje corrido de su compañero, que habla como si se dirigiera a alguien en el público.

—¿Alguna vez has matado a alguien?

—A huevo —manda un beso a las muchachas que le gritan desde la tercera fila: «¡Tortúrame, Triturador!»—. Les hace gestos para que se acerquen. Seguridad no las deja—. ¿Tú no?

—¡Posiciones, posiciones!

Los dos vuelven a sus marcas y Estela se coloca entre ellos, usando la capa de terciopelo negro que debe portar durante los retos. Los caballeros empujan dos damas de hierro que colocan detrás de los concursantes. Aguayo repite los números de cada finalista.

—Así es, señor Aguayo, y en esta ocasión los finalistas no podrán observar al otro durante el reto. Cada uno tendrá que esperar dentro de su propia dama y tendrán que preguntarse hasta el último momento...

Estela Olivares sigue hablando, pero Scorpio no parece estar atento al procedimiento. Resopla bajo su antifaz negro, tallándose las manos discretamente contra el pantalón. La doncella más bella extiende el puño cerrado y cada uno toma el extremo de una vara.

—A la cuenta de tres, Estela.

Indica producción desde el audífono.

—Una, dos...

*Close up* a la palma de la conductora que se abre, y luego a los rostros de los finalistas. Triturador levanta los brazos y el estruendo del público llena el foro.

Scorpio es llevado a su dama de hierro. En la oscuridad, al interior de la estructura, escucha música clásica que no reconoce. Piensa en la última conversación con Marisa: «Claro que tienes que hacerlo: es un millón de pesos, mi vida». ¿Y si la víctima fuera ella?

A través de la cámara infrarroja, el equipo de producción alcanza a ver cómo el arquitecto ha dejado de tallarse la cara con las manos y empieza a lamerlas.



## Kung-fu

Aníbal pateo la pelota como si fuera lo más importante. Junto a él, Julián carga la grabadora escondida en la mochila. Samuel va adelante, mordisqueando una guayaba, recibe la pelota y la detiene con el pie al llegar a la esquina. Extiende la mano y chifla: viene coche. Con un pase hacia atrás manda la pelota a los pies de Julián, pero él no la pateo; viene abrazado al aparato que ha tomado a escondidas. Es Aníbal quien manda la bola de vuelta a Samuel, cuando el auto rojo se aleja. La verdad es que no son malos para el fut, lo que hace el pretexto más creíble.

—¿Hasta qué hora te dieron permiso? —Aníbal voltea a un lado y otro de la calle, por si acaso.

—Hasta las ocho, pero tengo que regresarme antes.

Julián mueve las cejas, indicando la grabadora. Es muy valiente. Aníbal jamás se atrevería a agarrar algo sin permiso de casa de sus abuelos. Hubiera ido todo el camino pensando: «¿y si me cachan?, ¿y si se me cae?, ¿y si me roban?». Claro que su abuelo no tenía grabadora, sólo un radio amarillo con AM.

—¿Qué vas a hacer con el dinero? —lo dice mirando al gordo, que maneja el balón y sigue adelantándolos por casi media cuadra. Ha dejado caer la guayaba a medio terminar. Aníbal la aplasta con su tenis.

—Me voy a ir de mi casa, ya te dije.

—Sí es cierto...

Arrastra los pies para quitarse las semillas de la suela y mira el cemento agrietado, las huellas de un perro que debió pasar por ahí cuando estaba fresco, la línea amarilla que lo hace detenerse aunque Samuel no ha chiflado. Evita ver a Julián. Lo de su padre es bien conocido por todos: con las paredes tan delgadas entre un departamento y otro, todo se escucha.

—Pues yo ya cambié de idea —dice Aníbal.

—¿Ah sí? ¿Qué pasó con el nintendo?

Julián da vuelta a la esquina y Aníbal se da cuenta hasta entonces de que ya llegaron. Samuel está a unos pasos del baldío.

—Ya no me late. Mi abuela dice que te haces adicto y luego te la pasas ahí pegado.

Los brazos de su amigo aprietan la mochila con la graba.

—Oye, pero ¿le contaste?

—No, eso me dijo cuando se lo pedí —miente; ninguno de los dos lo perdonaría si se enteraran de que su abuelita ya sabe lo del concurso.

—Ah. ¿Y ahora qué quieres?

Retoman el paso. Samuel ya está deshaciéndose en chiflidos y señas con las manos, esperándolos; la bola sujeta bajo su zapato. Agita los brazos y puede vérselo un pedazo de la panza. Julián se ríe. Aníbal no.

—Quiero un coche —dice, rascándose el brazo, y eso que es muy temprano para que empiecen los mosquitos.

—Qué menso eres, ni que nos fuéramos a ganar cien mil nuevos pesos.

—¿Y si juntamos tu parte y la mía? —insiste, a pesar de que todavía no alcanza los pedales del coche abandonado donde jugaban antes, detrás del edificio.

Samuel ya está gritándoles groserías desde el otro lado de la reja. Julián sólo responde con un «ya llegamos», se agacha y pasa la grabadora por debajo de la malla ciclónica. Samuel empieza a dar órdenes cerca de la construcción de ladrillo gris: que «yo conecto la graba» y «tú te pones allá», y que «¿qué les pasa?, sólo tenemos hora y media para practicar». Aníbal espera un momento afuera. Samuel vuelve a manotear.

—Órale, cabrón, no tenemos toda la tarde.

Se arrastra; el ruido de la tierra debajo de él es más fuerte que la voz del gordo. Avanza hasta su lugar. La tarde anterior los habían marcado con cal porque Samuel había estado terco con eso de empezar parejos: «todo depende del principio, si uno no sabe para dónde, ya nos la pelamos».

Suena la música, se acomodan. La rutina empieza con todos en el suelo, hechos bolita, luego se levantan por turnos dando una vuelta. Samuel es el primero porque él inventó el paso. Cuando empieza la música hay que contar a ocho en la cabeza, moviéndola suavemente adelante y atrás. «Si nos escuchan contando, nos descalifican». Samuel conoce todos los reglamentos del programa de Lalo y Lagrimita, aunque dice que sólo lo ve porque le gustan las chichis de las edecanes.

Aníbal pierde su turno, le cosquillea la nariz; deben ser las yerbas del lote.

—¡Aníbal! —susurra Julián moviendo la mano, como si ya estuvieran en la tele y fuera necesario ocultar cualquier error.

Da la vuelta y termina de pie con las manos levantadas y sonriendo; la sonrisa es fundamental. Los otros ya están en el paso de kung-fu y él apenas se prepara para la marometa al frente. Samuel se da cuenta y de inmediato corre a parar la música.

—¿Qué te pasa?... Estás atrás todo el pinche tiempo.

—Tengo alergia —le choca que lo regañe a gritos. Ni que fuera el maestro de deportes.

—Pues no importa, si no puedes hacerlo bien, mejor dinos y te sacamos de la rutina.

—Baile —no va a dejarse, sabe que a Samuel le da pena decirlo—, es un baile.

Voltea a ver a Julián. La tarde anterior habían ido a la tienda juntos, riéndose de Samuel, haciendo su cara de padrote e imitando una y otra vez su tono de voz al decir la palabra *ru-ti-na*, como si fuera muy acá.

—Pues lo que sea, pero si no te sale, no puedes participar.

—Sí me sale.

—No.

—Que sí. Si quieres te hago todos los pasos para que veas.

—Ya, ya... estamos perdiendo tiempo, —dice por fin Julián, caminando hacia Samuel. Se agacha sobre la graba para regresar la canción—, todos queremos ganar.

Aníbal lo mira. Las matas a su alrededor se ven menos verdes y poco claras. Se sorbe la nariz. Julián y Samuel lo esperan de pie, frente a la estructura de tabiques. Uno con el dedo sobre lo que supone es el botón de *play*, el otro con las manos en lo que se podría llamar cintura.

Se acomoda de nuevo sobre la marca de cal, con la cara apretada. Seguro de que no tardarán en salir los moscos a comérselo vivo; porque a nadie le pican más que a él. «Todos queremos ganar», había dicho Julián. «Todos queremos ganar». Los ojos acuosos. Pinches plantas. 1, 2, 3, 4, 5, 6, 7, 8, vuelta, manos arriba, tres pasos adelante, de lado, marometa y...

—¡Kung-fu!, ¡sigue la pose de Kung-fu, no la pirámide, chingado!

La voz de Samuel lo congela a media carrera hacia el centro del baldío. Entonces Julián dice:

—Nos la estamos partiendo, Aníbal... Échale ganas.

Como si él fuera quien echaba a perder todo. «Échale ganas». Eso era lo que Aníbal le deseaba cuando, desde su cama y a través de la pared, escuchaba los golpes del cinturón, los insultos.

¿Cuántas veces se había imaginado los azulejos verdes del baño al otro lado, humedecidos por el sudor de su amigo, que aguantaba en silencio? «Un día nosotros le vamos a pegar», pensaba decirle al día siguiente, si salían a la calle. «Ya verás, deja crecemos tantito y se la vamos a partir». Nunca se atrevió. Algo en Julián lo detenía: la sombra en la nuca, la mano que ponía sobre el hombro mientras caminaba, como si se le fuera a caer en cualquier momento, evitando que cualquiera lo tocara.

La música sigue saliendo de las bocinas: «échale ganas».

—Pero sí le estoy echando ganas.

—No, no es cierto. Llevas varios días equivocándote a lo baboso. ¿A poco no, Juli?

Se limpia los mocos con el antebrazo y recuerda todas las frases que le ha escuchado al papá durante las sesiones en el baño: «hijo de tu pinche madre, para eso me gustabas, cabrón, ¿qué te pedí que hicieras, eh?, ¿dónde lo pusiste, Julián?, ¿qué estabas pensando, pendejo?».

Uno de los dos, no alcanza a distinguir quién es, prende el foco que todavía cuelga del diablito en la construcción abandonada. Después de un largo silencio, porque la rola se ha acabado, es Julián quien dice:

—Vamos a ver; hazla.

Agachado de nuevo sobre su marca de cal, espera el sonido de la música. Un hilo de líquido transparente le escurre de la nariz. En lugar de contar en su cabeza hasta ocho, se imagina la gota que hace un círculo más oscuro sobre la arena suelta, junto a su mano. A él ni siquiera le gustaba bailar; aceptó por el dinero y por Julián, que había anotado las bases del concurso en un pedazo de papel, diciendo que era la oportunidad de su vida:

—¿Te imaginas que ganáramos, Aníbal? Nos podríamos ir a vivir a Acapulco.

—¿Con mis abuelos?

—Solos, menso. ¿A poco no has visto a los chavos en la playa?

—¿Los que bailan con la panza?

—Mira... —Julián había sacado unas monedas que guardaba en su cajón de calcetines —con tres pesos más compramos dos casets: uno para ti y otro para mí.

Habían pasado la tarde escuchando la radio en la grabadora prohibida, esperando a que pasaran la canción que querían bailar. Aníbal no quiso ser quien apretara los botones *rec.* y *play* al mismo tiempo.

—Mejor yo le paro antes de que vuelva a hablar el locutor.

La rola, que se había grabado completa y sin interrupciones del locutor, cambia de ritmo al momento en que Aníbal inicia la rutina con la vuelta, pero sin sonreír. Samuel frente a él, como en pausa, espera que prepare el siguiente paso: kung-fu. Julián, cruzado de brazos, ni siquiera lo está viendo bailar; mira el piso.

—Pero yo no me puedo ir, Juli. Mi abuelito se muere... ¿por qué no mejor te vienes a vivir con nosotros?

—No te hagas... si lo que quiero es irme lejos.

—Pero aquí estamos tus amigos —y lo había dicho pensando en todas esas noches de solidaridad a través del muro. Ésas en las que lo había animado en voz bajita, tocando con la palma abierta el tapiz de flores.

Marca todos los pasos. Hasta se pone en la base de la pirámide, aunque no hay quién se le ponga encima. Ya no le importa la alergia, la deja escurrir, como le escurre el sudor, que cae sobre el escenario de tierra y yerbas.

—No te vayas, de veras, nos falta un año para la secundaria.

Y los ojos quietos de Julián, sin decir nada. Dos palmadas en la rodilla.

—¿Sí sabes que eres mi mejor amigo, verdad? ¿Sí sabes?

Termina con los brazos abiertos, hincado hasta adelante. Respira fuerte por la boca, casi tosiendo. La comezón que lo recorre desde los hombros ya no tiene que ver con los zancudos.

—Ahí está, güey. Así, pero sonriendo. ¿Qué te cuesta, cabrón?

—Ya, ya... vamos a seguirle —es todo lo que sale de la boca del Juli.

Aníbal corre hasta el aparato y lo avienta contra la pared gris. El silencio al interior del lote recrea los gritos del padre y el cuerpo de su amigo golpeando la pared, haciendo temblar las flores falsas sobre la cabecera de su cama. Tiene ganas de llorar. Sigue pateando. Unas manos lo detienen y lo tiran al piso. Aníbal aprieta los párpados y recibe los puños de ese cuerpo sobre él, sin responder, hasta que su playera se rasga. Abre los ojos. Julián está pálido, detenido y lejos. Samuel sigue pegándole duro. Julián no dice nada, no se mueve. Aníbal abre los brazos, como al final de la rutina, y se deja golpear. Desearía estar escondido entre el lavamanos y el excusado, contra el frío sudor de los azulejos verdes, esperando.

## Método CRHOCOD:

¿Le estorba la cabeza para llevar una vida más plena?

### Consideraciones previas

Antes de iniciar la lectura del Método CRHOCOD es indispensable señalar que debe llevarse a cabo en el orden sugerido, sin saltarse ningún paso. De esta manera es recomendable leerlo por completo antes de dar inicio a su ejecución, y una vez iniciado el procedimiento, no dejar pasar más de 24 horas entre la realización de un paso y el que le sigue.

### Paso 1: Compre

Lo primero que debe de hacer es comprar en cualquier tienda donde vendan artículos de cocina un par de charolas de plata o pewter de por lo menos 40 centímetros de largo por 30 de ancho. Si bien, idealmente sólo requerirá una para llevar a término el método, se recomienda que compre las dos, previendo cualquier eventualidad. Los motivos que las adornen no son relevantes.

Deberá adquirir también una lijadora. Puede conseguirla en ferreterías y establecimientos especializados en proyectos de remodelación y equipamiento del hogar. Una del tamaño de un rotomartillo será suficiente. No olvide comprar lijas de repuesto.

Guarde las charolas en un lugar libre de humedad junto con la lijadora hasta llegar al paso siete. Si quiere usarlas para la hora de la cena frente al televisor, siéntase libre de hacerlo; la efectividad del método no se verá alterada por ello.

Compre también un cuaderno, del tamaño y formato que permitan traerlo siempre consigo para llevar a cabo las anotaciones de los pasos dos al seis.

### Paso 2: Rememore

Acuéstese en su cama en posición supina y propóngase recordar que alguna vez fue niño. Puede ayudarse con la música de su preferencia. Concéntrese en su respiración e imagine que todo usted se encuentra ubicado en el área del pecho. Cuando tenga la sensación de que un colibrí aletea a la altura de su esternón, intente visualizar un lugar significativo y un olor o sabor que haya sido importante durante su infancia, antes de la licenciatura en administración de empresas, del bachillerato técnico en contabilidad, mucho antes. Una vez aprehendidos estos datos, abra los ojos y anote la información.

### Paso 3: Hágase de un fetiche

Asista al lugar que recordó durante el paso dos y dedique de treinta minutos a una hora para

imaginarse ahí como era entonces. Intente escuchar su risa, recrear aquel raspón en la rodilla y reubique el latido que se dejó olvidado allí, donde el primer beso, y no se asuste si siente de nuevo al colibrí atrapado en su caja torácica; por el contrario, intérpretele como un síntoma positivo en el proceso de perder la cabeza. Recree la sensación de aquellos tiempos en que la ley del impulso era natural y el intelecto se activaba sólo después de las consecuencias. Reconozca que usted sí tuvo la habilidad de hacer las cosas sin que su cabeza le estorbara y anote en su cuaderno todo aquello que se le revele, ya sea un muestreo de su libertad infantil o una serie de recriminaciones por su estilo de vida actual.

Consiga algo que dé origen al aroma o sabor que relacionó con su niñez; los mangos verdes que comía a escondidas en la azotea o el perfume de jazmines que despedía el arbolito de la vecina, por ejemplo. Consérvelo consigo hasta terminar el procedimiento. Puede transportarlo en su portafolio o en la guantera del coche, dentro de una bolsa de plástico resellable para mantener las propiedades olfativas o gustativas que disparen su memoria sensorial, evitando el riesgo de derrames o contaminación innecesaria de sus documentos y laptop.

## Paso 4: Observe

Vigile al sujeto<sup>1</sup> de su interés afectivo sin entrar en contacto. Mantenga la distancia que le ha hecho sentir seguro hasta el momento. Puede verla desde el automóvil durante la hora de la comida, cuando ella sale con sus amigas y espera en la fila del restaurante de ensaladas cerca de avenida Chapultepec. Pruebe también escaparse de la oficina diez minutos antes de las cinco para verla salir, resguardado bajo la sombra de una jacaranda en flor. No olvide oler o probar su fetiche antes de verla, y dedique unos minutos después de la observación para escribir sobre el sudor que le corre por el costado y le moja la camisa, el apretón de los dedos de los pies que se afianzan más al mocasín y, por supuesto, registre también los argumentos que su cabeza ha estado repitiéndole para mantenerse alejado. Procure escribirlos de manera automática: no censure el lenguaje que hasta el momento ha usado su apéndice superior para vapulearlo a usted o para crear imágenes peyorativas de ella.

Por la noche relea todo lo que ha escrito, desnúdese y recuéstese de nuevo en posición supina, con su aroma o sabor fetiche cerca. Dedique por lo menos una hora a experimentar el vacío alrededor suyo, comenzando por los lados de su cama y extendiéndose al resto de la habitación. Evite autocomplacerse. En caso de sufrir un acceso de llanto o un ataque de pánico, déjelos fluir. Repita la observación, el registro y la meditación nocturna en las siguientes 24 horas.

## Paso 5: Contacte

Lleve a cabo la rutina de observación, pero asegúrese de hacer contacto visual con ella. Vaya comiendo u oliendo su niñez para darse valor y por una vez no cuente los segundos que dura el intercambio entre el fondo pálido detrás de las pestañas ajenas y sus propios ojos de perro café. Felicítese a sí mismo y escríbase un elogio si logra sonreír o enunciar alguna expresión en torno al calor primaveral o al tapete que han formado las flores de jacaranda a sus pies. La experiencia corporal del contacto puede ser dolorosa en primera instancia<sup>2</sup>, exhilarante después de unos

minutos y desgarradora al oscurecer. Anticipe la compra de un analgésico para la cefalea del día siguiente, cuyo origen se deberá al hecho de que su cabeza ha comenzado a desprenderse.

## **Paso 6: Obtenga información**

Aproveche el directorio general de la empresa para obtener su número de teléfono o correo electrónico. Puede apoyarse también en el buscador de Facebook y las redes sociales, si cuenta con alguna. Seguramente deseará volver a espiarla o, incluso, comunicarse con ella si acepta agregarlo en su lista de contactos. Sin embargo, deberá evitarla durante los siguientes dos días y sólo recrear la experiencia de ella a través del diario que ha llevado. Es imperativo que, al llevar a cabo la meditación, comience a extender el vacío más allá de su cama y del horario habitual, recordándose a sí mismo cada vez que le sea posible: sentado en su escritorio durante la rutina laboral, al terminar de cenar y separar la basura en orgánica e inorgánica, cuando pase de largo frente a la jacaranda.

Ésta es la última noche que usará su fetiche. Deshágase de él en cuanto despierte; no es necesario elaborar un ritual para ello. Continúe con su dosis de analgésicos.

## **Paso 7: Decapítese**

Repórtese enfermo y falte al trabajo. Necesitará disponer de todo el día para lijar el extremo más largo de la charola hasta obtener un filo satisfactorio. Añádale peso: puede hacerlo perforándola y atornillando su portafolio cargado con tres kilos de sal. Instale un sistema de polea con la charola pendiente de la viga sobre su cama, amarrada a una armella junto al buró. En caso de no tener viga, regrese a la tienda de proyectos de remodelación para hacerse de un tubo que pueda instalar con taladro, taquetes y chilillos; no olvide tomar la medida de un muro al otro antes de comprar el tubo.

Una vez preparada la polea, anótese el número de teléfono o correo electrónico del sujeto con marcador indeleble en el dorso de la mano izquierda<sup>3</sup> y coloque su Blackberry o laptop cerca de usted. Desnúdese y recuéstese como ha hecho en las últimas noches. Relaje los dedos de los pies y sostenga, con la mano derecha, la cuerda del sistema de polea. Sentirá que el colibrí golpea los barrotes de su costillar. Déjelo salir de forma espontánea. El espacio donde antes se agitaba quedará dispuesto para la nada que lo espera en todas las cosas: en el espejo retrovisor, en la mirada compasiva de su madre, en el silencio que ocupa su departamento a la vuelta del trabajo, en la luz del monitor. Una vez inmerso en esta nada, debe usted tomar la decisión definitiva de cortarse la cabeza y ejecutarla en cualquiera de las dos modalidades siguientes:

- a) Suelte la cuerda y descanse abandonándose al filo de la charola.
- b) Anúdela en la armella y marque el número o teclee el contacto en su mano izquierda.

Después de ejecutar esta última instrucción, en cualquiera de sus variantes, puede dedicarse a

peinar las alas que, por sólo unos minutos, adornarán su espalda.

- [1](#) Nos referiremos a él en femenino debido a que la mayoría de los usuarios de este manual, de acuerdo con las estadísticas, han sido varones heterosexuales. Sin embargo, es importante aclarar que el Método CRHOCOD no es privativo para este género ni preferencia sexual: siéntase libre de corregir el texto con un bolígrafo si la redacción le incomoda.
- [2](#) A cada persona participante de este programa se le ha manifestado de manera distinta; sin embargo, siempre está acompañada por el reencuentro vigoroso del aleteo del colibrí descrito en el paso 2.
- [3](#) Es necesario recalcar que lo haga en el dorso y no en la palma, ya que los números o letras pueden volverse ilegibles si le sudan las manos.



## Fantasmas

Cada vez que oigo chillar a los gatos me acuerdo de mi tía Lupita. ¿A poco no se escuchan como un bebé llorando?

Mi tía Lupita estaba sentada en la banca de azulejos. Fumaba un cigarro con la mirada hacia la fuente seca. El humo salía de su boca y sus párpados seguían abiertos; no le ardían los ojos como me ardían a mí cada vez que me sentaba junto a ella.

Era de día, pero los edificios de departamentos que habían construido a cada lado de la casa no dejaban pasar la luz al patio, donde parecía que siempre era esa hora de la tarde en que las mamás salen a la calle y gritan: «¡ya métanse a cenar!».

—Ahí mismo se sienta tu bisabuelo Genaro a fumar. Lupita se parece tanto a él —dijo la tía Cristina detrás de mí y hablando bajito.

Lupita siguió mirando la enredadera. Supuse que le dolía el estómago, porque tenía una mano sobre la panza.

—¿Por qué no entras a escoger algo? Hay un espejo que yo creo que te va a gustar —insistió la tía Cristina, tomándome del hombro para llevarme adentro.

Estaban desarmándolo todo antes de que se demoliera la casa. Habían vendido el terreno y alguien iba a construir ahí otro edificio. Mientras escogía uno de los espejos que arrancaron de los baños, me contaron una vez más las historias de los fantasmas de la casa. La de la escalera de metal en la que se escuchaban subir pasos y pasos, como si alguien fuera a tener una fiesta en la azotea, donde vivían los gatos. La de una alacena de tablones donde estaba la vajilla, que cada noche a las tres de la mañana se caía y rompía en pedacitos, pero amanecía intacta. Y por supuesto, la de mi bisabuelo Genaro, paseándose en forma de sombra por el jardín.

—Él murió antes de que naciera tu tía Lupita, pero la conoce y sabe que ella llega tarde. Por eso se sienta en la banca a fumar y esperarla. Fuma y fuma y yo huelo su cigarro, hasta que tu tía Lupita entra.

—¿Y qué va a pasar con él ahora que se vayan? —con el espejo sobre mis rodillas, reflejando el techo descarapelado.

—Tal vez se vaya con nosotras.

—¿Y con los gatos de mi tía Lupita?

La tía Cristina dejó de sonreír y miró hacia arriba.

—Los gatos de mi hija se quedan —dio un manotazo en el aire y tronó la boca—. ¿Verdad que está bonito el espejo? Lupita va quedarse con uno igual.

Llegando a la casa me senté en la cama y puse el espejo a un lado de las pantuflas. Me acosté boca abajo para asomarme al borde y ver mi cara. ¿Qué sentiría la tía Lupita de saber que era igualita a un fantasma? Algo feo, seguramente, aunque se tratara del bisabuelo Genaro. Tal vez era por eso que le dolía el estómago. Por eso y por tener que abandonar a sus gatos.

Esa noche soñé que mi tía Lupita tenía dentro a mi bisabuelo y él iba saliendo poco a poco desde dentro de ella, como los chayotes que nacían de la enredadera, frente a la banca donde los dos, Lupita y el fantasma, fumaban.

La tarde que vino a comer con nosotros estaba lloviznando. Terminé la rebanada de flan y me mandaron a jugar al cuarto: querían platicar solas.

—Juega bonito —advirtió mamá, porque hacía poco me había descubierto jugando a la señora embarazada. Cuando iba a tener al hijo me vio pujando y dando de gritos como en las comedias y eso no le gustó.

Pero jugar bonito era aburrido, así que después de un rato bajé a sentarme al final de la escalera, callada y quieta para alcanzar a escucharlas.

—No lo quiero, prima. No voy a soportar ver su cara reflejada en él.

Estaban hablando de su espejo, el que era igual al mío.

—Pero ya estás grande, Lupita, piénsalo bien...

—Si no quieres prestarme el dinero está bien Ana, pero voy a sacármelo de cualquier manera.

¿Al bisabuelo? ¿Cómo se lo iba a sacar?

—Sólo dime sí o no.

Las dos se quedaron calladas. Pensé en el espejo debajo de la cama y sentí miedo. Oí que arrastraban una silla y me levanté del escalón. Tenía las piernas y las manos frías. Avancé hasta la entrada del comedor y vi a mamá abrazando a su prima por la espalda.

—¿Están hablando de fantasmas?

Mamá no dijo nada.

—Sí, Mariana. Hablamos de un fantasma —contestó la tía Lupita limpiándose la nariz con una servilleta antes de prender un cigarro. El fuego de su encendedor iluminó el rímel corrido y los pómulos sin rubor. Un momento nada más; una fotografía.

Días después escondí el espejo en la azotea. Quién sabe si todavía estará en la que era mi casa o si alguien lo habrá encontrado allá arriba, abandonado, como los pobres gatos de mi tía Lupita.

PERDER LA CABEZA Perder la serenidad o el control por un ataque de miedo, de cólera, de pasión, etc.

*Diccionario de María Moliner*

## El sillón de Morel

En su tiempo debió haber sido un sofá hermoso. El forro satinado verde y el bordado de figuras vegetales, el último grito de la moda. Ahora estaba ahí, amontonado junto con un par de mesas rotas, recargado contra los árboles de la banqueta, fuera de la casa abandonada que a Libia y a mí tanto nos gusta ir a ver cuando sacamos a pasear a Asterión.

Ella se acerca a inspeccionarlo, con las manos entrelazadas; evita tocarlo. Yo miro hacia las ventanas, más allá de las rejas estilo *art nouveau*, más por costumbre que para asegurarme de que no hay problema. Hace varias semanas dejamos de ver las camisas que los invasores tendían, todavía sucias, en los balcones. Después llegaron las máquinas que tiraron la fuente y el caminito de columnas que llevaba a la alberca de mosaicos verdiazules, retoñando yerbajos. Hasta antes de que demolieran todo aquello, para mi mujer ése era uno de los escenarios de *La invención de Morel*.

—¿No te imaginas a los personajes caminando por ese jardín, como en una película?

Libia formó parte de una compañía de teatro independiente durante varios años. Vivió un tiempo en el segundo piso del Venero, conocido por las malas lenguas como «el Venéreo»; una casa donde se montaban obras experimentales y donde ella fue veladora a los dieciséis años. Recibía clases de actuación gratis y podía comer todos los aguacates del árbol que había en el patio. Nunca se presentó en una obra, pero participó en el equipo de producción y fue algo así como la anfitriona del teatro, atendiendo no sólo a los espectadores, sino a los actores de montajes foráneos que ocupaban con ella el segundo piso. Como parte de su formación actoral, Libia recibió un entrenamiento vocal que le permite alterar su voz.

La primera vez que lo hizo acabábamos de mudarnos a nuestro departamento de avenida Libertad. Lo habíamos amueblado con lo que cada uno tenía por su cuenta: ella en el cuartito al que se había ido cuando las puertas del Venero se cerraron; yo lo que me había llevado de la casa cuando me divorcié de Alina. Acomodamos todo en su lugar, pero resultó que contábamos con tan pocas cosas, que al sentarnos a comer en lo que ella llamaba «la mesa estilo chino», porque era una mesa de centro que nos obligaba a comer sentados en el piso, nuestras voces hacían eco. Fue entonces que ella hizo una prueba de sus habilidades.

—Éste es mi primer tono de sombra —dijo con una voz más grave de la que le conocía—. ¿A poco no suena como si estuviéramos dentro de una caverna?

Debo haberme reído. Luego apagamos la luz y nos acostamos sobre el suelo, todavía sucio. Recuerdo que la abracé y pude sentir cómo ella endurecía su abdomen antes de producir aquellas voces que parecían venir de otra persona.

—Éste es mi segundo tono de sombra... ¿te parece sexy?, ¿cogerías con alguien que tuviera esta horrorosa y oscura voz? —preguntó ella antes de reírse, conservando en su carcajada ese famoso tono de sombra. Entonces me dio miedo. La besé y metí la mano entre sus piernas, pero inquieto.

Cuando empezó a usar sus voces para interpretar su versión de Morel afuera de la casa abandonada fue distinto. Me pareció gracioso y, si no era muy tarde y no se veía ninguna luz

prendida ahí dentro, le pedía que lo hiciera.

El juego acabó cuando las máquinas derribaron el escenario. Ahora el sofá y las mesitas están ahí, abandonados en plena banquetta, como un trío de naufragos.

—Van a tirarlo todo —dice Libia, atreviéndose a tocar el respaldo de tapicería verde, que a la luz del alumbrado público parece ser de un tono pistache.

Me acerco, dando tirones a la correa de Asterión, que insiste en olisquear el pedazo de pasto a mi espalda. Finalmente, se decide por uno de los árboles que hacen de muleta para el sofá y las mesitas. Veo que un pedazo de jerga cubre el hule espuma donde antes estaban los cojines de los asientos.

—Llévate al perro de aquí, no vaya a mirarlo —advierte Libia, mientras sus manos acarician uno de los posabrazos.

Me extraña que le diga «perro» en lugar de llamarlo por su nombre y me molesta que use la palabra *miar*. Ni siquiera *mear*: *miar*. La conocí durante la inauguración de una galería a la que yo asistí por acompañar a un amigo. Libia acudió con sus amigos teatreros por no desaprovechar la oportunidad de beber vino gratis. Entonces ella encadenaba groserías para armar cualquier frase. Era capaz de decir cosas como: «no mames, me encantó tu pinche libro, aunque ya sospechaba que eras bien verga». Ni siquiera «muy verga»: «bien verga». Después de dos años su lenguaje ha cambiado, al menos conmigo.

—¿Sabes cuántas veces ya lo han *meado*? —jalo la cadena de Asterión, pero sólo para dar la vuelta al sofá y dejarlo que huelga la parte de enfrente.

Libia parece ignorarme.

—Tenemos que llevarnos el sillón de Morel. Hay que salvarlo —dice, y yo no puedo más que imaginar una orgía de vagabundos sobre el sofá; la violación tumultuosa de una muchachita con una cámara fotográfica al cuello; un anciano envuelto en periódicos tosiendo, juntando el moco suficiente para escupirlo, sin importar que haga un lamparón oscuro sobre el tapiz; un grafitero masturbándose después de pintar una serie de penes enormes en la pared, que se limpia la mano directamente sobre el hule espuma, levantando el pedazo de jerga oscurecido de mugre.

—No.

—¿Por qué no? Puedo lavarlo, volverlo a tapizar.

Es verdad que Libia ha sido capaz de construir sus propios libreros con rejillas de la central de abastos y logró reparar la vieja silla que Alina, mi ex mujer, rompió una mañana que vino a visitarnos. Alina se refirió a Libia como «esa putita que bien pudiera ser tu hija» y soltó máximas del tipo «¿cuántos años tienes que cumplir para madurar, Miguel? ¿Cincuenta no son suficientes?». Afortunadamente, Libia se había ido a trabajar al restaurante. Cuando llegó, no pude ocultarle algunas secuelas del evento. Entre ellas la silla, que Libia convirtió en un banco pintado con fragmentos de *La noche estrellada* de Van Gogh. Pero por más habilidades de escenógrafa y utilera que Libia tenga, no es lo mismo decorar y barnizar una silla, que pretender arreglar el único vestigio que sirvió de cama a quién sabe cuántos habitantes de la casa abandonada.

—Tú no sabes lo que puede haber en el pasado de ese sofá, por algo lo tiraron a la calle, Libia. Ni los albañiles se interesaron por él, ¿eso no te dice algo? —estiro el brazo señalando la casa, como si los trabajadores todavía estuvieran agazapados en alguna habitación y pudieran salir en cualquier momento a apoyar mi argumento.

Asterión se sienta, aburrido. Libia guarda silencio, sin quitar las manos de la tela que imagino debe ser de un color aguacate bastante desagradable a la luz del día.

—No me importa, lo quiero. Es el sillón de Morel.

Lo dice con ese tono de voz que no es de sombra y que me hace tratar de recordar si no la vi en alguna de las pocas obras a las que asistí en el Venero. Ese tono por el que dudo sea verdad aquello de que jamás pisó el escenario. Una voz de niña acompañada de una serie de gestos, empezando por la cara inclinada hacia abajo y los párpados entrecerrados que se abren poco a poco para buscarme; la frente ligeramente arrugada y el labio inferior sobresaliendo un poco. Un remedo de berrinche que sus ojos, pequeños y brillantes, desmentirán al momento que yo ceda.

—¿Y dónde piensas ponerlo mientras permanece en cuarentena? —digo, y Libia concluye su rutina de ninfa colgándose de mi cuello y rozando mi anticipada erección con su pubis apenas cubierto por la tela vaporosa de su falda.

—Gracias, mi amor —me susurra al oído justo antes de desprenderse para acomodar su mano en algún recoveco oculto bajo el brazo izquierdo del sofá.

—¿No prefieres rescatar una de las mesitas?

Pero ya estoy enroscando la correa de Asterión alrededor de la muñeca para poder cargar mejor y dejarle el menor peso. Ella sonrío y abandona un momento su posición para cubrirse nariz y boca con el cuello de su blusa. Desearía tener la cámara a la mano para tomarle una foto. Que al menos hubiera alguien allá arriba, en el torreón de la casa, que pudiera guardar una imagen de nosotros: una pareja con aquel leproso en brazos, soltando risitas bajo los árboles sin ramas.

Libia, el perro y yo a la una de la mañana, dispuestos a escapar con el sillón por el paso peatonal de avenida Juárez. Todo por su invención de Morel.

## Apagón

Sin luz todo se oía distinto: los perros de la calle, que ladraban más cerca; las chanclas de la vecina del nueve, andando justo arriba de nosotros; el pan tostado que se rompía entre los dientes; las pulseras de mamá revoloteando bajo el fregadero, en busca de las velas.

Era la hora en que usualmente se metía a su cuarto para cambiarse de ropa y ponerse las pestañas. Mi hermana Monse se asomaría para verla y decir: «te queda mejor tu otro vestido», señalando el camisón debajo de la almohada. Beto saldría del baño jurando que ya había orinado todo lo que tenía dentro y ella sonaría las campanitas de sus pulseras, moviendo la mano para que nos acercáramos a su espejo: «déjenme darles la bendición», luego una nalgadita, «y ya váyanse a la cama». Luego el ruido de sus tacones, la chapa y el motor del Impala que manejaba Rafael.

Pero esa noche, cuando salí del baño, mamá no se miraba al espejo.

—Qué bonito, qué bonito tu vestido —la chuleó mi hermana jalándole la orilla del pijama.

—Ándale ya, vénganse a la cama.

—¿Contigo? —pregunté sin voltear a verla, cuidando la flama temblorosa de la vela.

—En lo que llega la luz, para que no les dé miedo.

Beto y Monse corrieron a meterse debajo de las sábanas y yo me quedé parada, con el calor de la llama muy cerca de mi palma.

—Ándale, Marta —dijo mi mamá sin ganas—. Apaga las velas.

Soplé muy suavemente, mirándola de reojo. Monse soltó un grito.

—Shhh, ándale métete a la cama.

Risas.

—No me jales la colcha, menso.

—Shhh, cuidado con tu hermano, no se vaya a hacer.

—¡Mamá!

—Ya, ya...

—¿No le vas a poner un plástico al colchón?

—No, Marta, ya vente.

—¿Hoy no vas a salir?

—No necesito plástico, babosa.

—No.

—¿Y Rafael?

—Les voy a dar su bendición y ya se duermen.

Sonaron las pulseras, tronó el beso.

—Órenle ya, a dormir.

Mis hermanos se durmieron. Yo no. Escuchaba los ronquidos de mi hermano, la respiración pesada de Monse, pero no la de ella. Levanté la cabeza. Aunque estaba oscuro, alcancé a verle el blanco de los ojos. Afuera se oían los coches de la avenida. Ninguno parecía estacionarse cerca, ninguno sonaba como el Impala. Me levanté por un vaso de agua, arrastrando los pies para no chocar y tanteando la nada con las manos. Al pasar por la ventana, jalé la orilla de la cortina para mirar afuera donde seguramente estaría el carro estacionado, pero afuera, tampoco había luz y el

cristal estaba frío.

Fui a sentarme a una silla del comedor y me entretuve juntando las migajas que podía sentir con las yemas de los dedos sobre la mesa. Si mamá quería salir a escondidas iba a tener que despedirse de mí camino a la puerta. Esperé y conté hasta treinta migas.

Desperté con los brazos entumidos sobre la mesa. En la silla delante de mí estaba sentada mamá con una vela.

—Marta, oye Marta...

—¿Qué pasa?

Tenía los ojos hinchados.

—Son casi las cinco... ¿quieres desayunar?

—¿Qué?

—¿Te preparo unos huevitos?

—No... no. Mejor un café con leche.

Me enderecé para mirarla buscar en la alacena y me extrañó no escuchar sus pulseras chocar unas con otras al mover las latas, los frascos, una caja de galletas.

—Te dejó plantada, ¿verdad?...

Sacó el bote y lo puso sobre la mesa. Su sombra temblaba detrás de ella.

—¿Lo tomas con azúcar?

—Dos cucharadas —contesté, antes de ponerme de pie para lavar el hervidor.

Tomamos el café a sorbos y no dijo nada más, ni siquiera cuando la cera se consumió y tuve que apagar la mecha que seguía prendida, ahumando el fondo del vaso.

Una luz que iba revelando las paredes poco a poco, entró por la ventana.

## Soccer Dad

Ese domingo le había tocado a Adrián llevar las cervezas. Originalmente era mi turno, pero ese fin de semana mi mujer y yo tuvimos una discusión en la que ella sacó el tema de la bebida. «¿Crees que tu hijo no alcanza a olerte después del partido? No importa cuántos chicles se echen a la boca; todos huelen a borrachos cuando regresan... Y no me salgas con que es domingo». Habló de cómo ella pasaba todas las tardes en la camioneta llevando a nuestro hijo a la escuela y luego a los entrenamientos, del calor a medio día y cómo su vida social se reducía a las esposas de mis amigos. «¿Y yo qué puedo hacer?», respondí. Fue ella quien quiso la camioneta para formar parte de las rondas escolares. «Necesitamos un coche familiar para que nos incluyan en la lista. Así sólo me toca un día recoger al chiquillero y el resto de la semana las otras mamás nos traen a Samuel a casa». Pero el horario en el que terminaba de repartir a todos los niños no le parecía apropiado, y cuando era otra señora la que hacía la ronda, Samuel llegaba muy tarde y comía muy



rápido. «Me paso la mañana cocinando y ni siquiera lo disfruta». Le propuse abandonar la ronda y ahora, en cada discusión, me reclama haberse convertido en el chofer de nuestro hijo.

«¿Qué quieres que haga, Lorena?». Ella se me quedó viendo como si hubiera dicho algo sobre su madre. «Ve a tu hijo jugar sin emborracharte. Eso quiero». Hablé con Adrián y le dije que no alcanzaba a comprar las chelas. «Pero yo no tengo pepsilindros». Los pepsilindros no se usaban desde que estábamos en la prepa. «Cómprate unos refrescos grandes en cualquier McDonald's y los vaciamos, hombre. Yo te coopero con el gasto». Siempre he sabido que Adrián es muy codo, pero no preví que aprovecharía los refrescos para hacer cubas.

—No mamen —me quejé al primer trago, agitado por la subida. Nos gustaba ver el juego desde los asientos más altos, si se les puede llamar asientos a las tablas viejas amontadas sobre andamios—, ¿quién toma cubas a las diez de la mañana?

—Los papás de los Leones del Valle —Carlos levantó su vaso de plástico con popote a manera de brindis y se recorrió hacia la izquierda para hacerme un espacio entre él y Adrián, que ni se movió. El nombre completo del equipo es Leones del Valle del Silicón, pero no suena tan bien. Fuera de la empresa lo dejamos en Leones del Valle, a secas.

—¿Le mandaste la *produccion order* de Solectron a Verduzco? —me preguntó Adrián sin dejar de ver a los niños. Ya estaban en fila, saludando a los contrincantes para empezar el partido.

—Es domingo, Adrián, no empieces.

—Pero lo mandaste... —seguía con la vista en la cancha y hasta levantó el puño en señal de apoyo; su hijo miraba hacia las gradas.

El niño era el único rubio. Blanco como menonita. A Lorena le encanta. «Si tuviéramos una hija, podrían hacerse novios; hay que mejorar la raza». Pero ella no ha podido volver a embarazarse.

—Sí, se lo envié ayer en la mañana —mentí. Iba a llegar temprano el lunes a la oficina para arreglar eso. *El Menón* se quedó a medio campo, muy sonriente, moviendo sus piernitas de espagueti con esa delicadeza de bailarina que todos podemos notar, pero nadie menciona—. ¿Cambiaron de posición a tu chavo?

Carlos se atragantó con su cuba y empezó a toser. No me corregí.

—Aileen habló con el entrenador.

—Ah, qué bien.

Podía imaginarme a Aileen en un vestido de verano, sus hombros pecosos a pleno rayo del sol. Su mano apretando suavemente la de su hijo mientras el niño traducía sus palabras. Más apenado por la petición de su madre que por la mirada del entrenador que pasaría de él a los senos firmes de la gringa o de él a los muslos de saltadora de obstáculos trasluciéndose bajo la tela azul. ¿Quién no hubiera aceptado cambiar a Billy Elliot?

Le di otro trago a mi cuba. Nunca me han gustado. Me saben al aliento de mi padre a través del teléfono: «¿cuándo vas a venir a ver a tu mamá? Cada vez le cuesta más trabajo hablar». La imagen de la vieja en su sillón, viendo telenovelas con la boca abierta me hizo ponerme de pie. Busqué en el campo algo que justificara mi movimiento, pero los jugadores de seis años que apenas corrían con el balón eran los del equipo contrario.

—¿Qué te pasa? —preguntó Carlos cuando volví a sentarme. Él estaba haciéndole señas a su chavo para que marcara a uno de los otros. Creí que era a él a quien le hablaba, hasta que repitió —: ¿Qué te pasa, güey?

—Hay un perro queriéndose meter al juego —dije justo a tiempo, identificando a un animal que corría a un lado de la raya blanca, cerca de las gradas frente a nosotros. Era uno de esos chuchos alargados, peludos y chaparros que crecen en los mercados. Sonreí pensando en Lorena y su

concepto de mejorar la raza.

—Ahorita lo corren —prendió un cigarro y me lo pasó para darle una fumada. Se acercó hasta rozar mi hombro—. ¿Lo mandaste?

—No, pero mañana está —contesté aprovechando la distracción de Adrián, que le gritaba a su hijo algo así como «¡pásala, Andy!»—. Lo que sólo sirvió para que el güerito se quedara quieto, buscando de dónde venía el sonido. Adrián debería de hablarle en inglés, a ver si así entiende. Aunque no creo que tenga el vocabulario necesario para hablar en inglés sobre fútbol. Después de todo, ¿no es *el Menón* quien le tiene que traducir la mitad de lo que dice Aileen?

—Nos pueden parar la línea —insistió Carlos, pasándome otra vez el cigarro. Le dio un sorbo a su cuba y se puso de pie para aplaudir. Los Leones del Valle, representados por su hijo con el número ocho, acababan de robar el balón e iban hacia la portería. Samuel adelante, listo para recibir el pase.

Aproveché para levantarme también y deshacerme en gritos. Entre las porras y el movimiento sobre el pasto, el perro de mercado se alborotó y empezó a correr detrás de los niños.

—¡Saquen a ese perro! —gritó Adrián.

Fue como si todos los jugadores lo hubieran escuchado y cobrado conciencia de que algo andaba mal. El primero que empezó a gritar fue, por supuesto, *el Menón*. El resto de los chiquillos se dispersaron y abandonaron el balón a unos pasos del área chica. Nuestro entrenador manoteaba detrás del perro y el de los otros animaba a sus jugadores, aprovechando la confusión.

—¡Árbitro! —reclamamos Carlos y yo al mismo tiempo.

Pero no sonó el silbato y los del equipo contrario ya estaban más espabilados. El portero tomó la bola y la pateó hacia nuestra zona. Los nuestros seguían mirándose unos a otros y al entrenador, que no lograba alcanzar al perro.

—¡Muévete, Samuel! —llamé a mi hijo, pero él estaba pegado a Andy, que no dejaba de llorar y se llevaba las manos a las orejas. Samuel tenía una mano sobre el hombro del marica y le decía quién sabe qué cosas en lugar de seguir jugando.

—Voy a ir para allá —Adrián ya estaba bajándose de las gradas.

El perro se metió detrás de los asientos donde gritaban porras los papás del otro equipo, como si lo protegieran con sus gritos. El entrenador parecía haber decidido hacerse cargo de nuestros hijos y olvidarse del maldito animal.

—Te acompaño —seguí a mi jefe de cerca y abandoné la cuba en manos de Carlos.

El entrenador era un imbécil; estaba sacando a Samuel y Andy de la cancha para meter a otros dos en lugar de pedir tiempo al árbitro.

Pasamos rápido por detrás del arquero de los Leones del Valle y alcanzamos a escuchar el grito de gol. Nos habían anotado uno. Me olvidé del entrenador, de Adrián, de los niños. Me fui directo hacia el árbitro.

—No puede contar ese gol. ¿Por qué no paró el partido? —le dije, acercando mi cara a la suya, a mitad del campo. Los chamaquitos revoloteaban alrededor nuestro.

—Tiene que salirse de la cancha, señor. El gol fue legal.

—¿Cuánto le pagaron, cabrón? —estaba a punto de empujarlo.

—Oiga, señor, sálgase.

Sentí una manita en la espalda, pero me la sacudí, sin dejar de enfrentarme al árbitro, que me miraba con la boca abierta. Como mi madre.

—Ésta es una liga infantil.

—Por eso, pendejo: si un puto perro se mete al partido e interrumpe una jugada, usted suena el

silbato. Cancele el gol...

—Está tomado, señor. Regrese a su lugar.

Tenía el puño listo para darle, cuando Adrián me llevó fuera de la cancha a tirones. «Ya párale, estás asustando a los niños». Escuchamos el silbato y el partido reinició. Necesitaba golpear algo, pero no podía madrearme a Adrián. Menos cuando vi que detrás de él venía su hijo, cargado de mocos. Giré para asegurarme de que Samuel siguiera jugando: iba detrás del balón.

—Yo te hago el paro mañana —me susurró Carlos, dándome una palmada en el hombro cuando me senté para acabarme la cuba de un tirón.

—¿Qué te pasó? —empezó Adrián.

—Me cayeron mal las cubas —quería arrebatarle su vaso. Podría habérmelo echado encima para bajarme el calor.

El resto de las gradas, cargadas de changos de la línea de producción, permaneció en silencio debajo de nosotros. Sólo se escuchaba el niño sorbiéndose la nariz. Adrián rompió la tensión marcando un número en su celular. Después de un par de «*plis joni, plis*», le pasó el aparato a su hijo, que inmediatamente volvió a llorar, balbuceando cosas en inglés. Traté de concentrarme en el resto juego, en mi hijo que volvía al área chica. Pero tal vez me había tomado las cubas demasiado rápido, porque no podía dejar de ver al perro, agazapado debajo de la estructura de metal a unos quince metros de mí, y pensar en la voz de Aileen, consolando a su hijo en un lenguaje que su marido era incapaz de entender. Y con su voz en la cabeza seguí mirando al perro largo, peludo y chaparro, encogido y a salvo.

—¿Estás pensando lo mismo que yo? —preguntó Carlos, reiniciando el ritual con otro cigarro en cuanto nos anotaron el segundo.

—Supongo que sí —dejé salir el humo hacia arriba.

—Tengo una cuerda en el coche. Si lo agarramos ahorita, los niños no se van a dar cuenta.

—Nos lo llevamos en tu cajuela.

—Adrián puede ir a dejar a los niños y los alcanzamos luego.

Adrián seguía con la mano sobre la espalda de Andy. El niño se limpiaba la nariz con la playera.

—Que les invente algo.

Carlos se levantó y volvió a darme una palmada en el hombro. Me puse de pie, dejé caer el cigarro a la madera de la grada inferior y lo pisé. No me importó que el hombre sentado cerca de mi zapato lo mirara de reojo.

Vi a Carlos acercarse a Adrián y decirle algo. Le dio la mano e hizo ese gesto con el dedo índice y medio que aprendió cuando estaba clavado con el tema de hacerse masón. Lo rechazaron por ser divorciado, pero le encanta el saludito. Yo sólo levanté las cejas y asentí con la cabeza hacia el jefe. Nos encaminamos al coche para sacar la cuerda y una llave de cruz.

Cuando llegué a casa llamé a Lorena. Seguía de visita con su madre. Metí la ropa a la lavadora. Debo haber usado medio bote de cloro.

La última vez que hablamos con Adrián, veníamos de vuelta del lote baldío donde dejamos al perro. Traería a Samuel a eso de las tres. Busqué una cerveza en el refrigerador y prendí la televisión. Estaban pasando un partido de americano. Reconocí a los Empacadores de Green Bay, pero no tenía idea de quiénes eran los otros. Los jugadores entrechocaban los cascos; la parte superior de sus cuerpos, desproporcionada por el equipo de protección, no les estorbaba para

empujarse y abrirse paso.

Tocaron el timbre, abrí la puerta y vi el coche de Adrián en la entrada. Lo saludé elevando la lata de cerveza a la altura de mis ojos. En el asiento de atrás, dentro de la camioneta, Samuel se despedía con un abrazo del *Menón*. Cada uno usaba en la cabeza una de esas coronas de cartón que regalan en Burger King. En el abrazo, las puntas de las coronas atoraron a uno con el otro. Se rieron.

La siguiente quincena inscribiría a mi hijo al americano. Lorena podía llevarlo.

## Mascara

Una muesca masca entre mueca y mueca masca la mezcla que quema y cambia, masca. El plato aparentemente manco, con sólo el cuchillo por brazo. En su abdomen cerámico la pieza de carne que sangra caliente y él masca. Masca muesca. Tenedor en mano, mueca y mueca masca la carne jugosa de ajos y especias, pero roja, como Carmen roja al otro lado de la mesa. Mueca y mueca masca, manco masca. Mira a Carmen como si a Carmen mascara. Carne que come y masca entre mueca y mueca una muesca. Masca.

Ella se lleva la copa de vino a la boca y él puede ver un hilo rojo que resbala desde la comisura de sus labios y se desliza por su cuello antes de que la mano anillada lo enjague. Mueca. La hilera de dientes descubierta por un momento detrás del labio inferior de Carmen recuerda el gesto que suele hacer cuando su mano aprieta la almohada. Masca. Ella devuelve la copa a su lugar y llama al mesero, levantando el índice, las cejas arqueadas, casi pidiendo un taxi.

—¿Les hace falta algo?

Él la señala con el mentón. Carmen apunta hacia la copa vacía. La mano le tiembla. Él sigue masticando, sin dejar de verla.

—¿Algo para usted?

El hombre se limpia la grasa con la servilleta y toma otro bocado. Carmen cierra los ojos y vuelve a abrirlos. La ensalada en su plato todavía intacta. Muesca. El mesero espera. Las manos de Carmen sobre la mesa mueven tan sólo la punta de los dedos hacia arriba y adelante, como si empujara suavemente a un amante. El mesero da un paso atrás, y alcanza a ver, antes de darse la vuelta, que el hombre limpia el cuchillo contra la orilla del plato. Está encaminándose a la barra cuando lo escucha toser.

—Dígame.

El tono de voz del mesero sabe a vinagre. El hombre hace un gesto con los ojos, desviándolos hacia el lugar donde antes estaba el cuchillo y se escarba con la lengua los incisivos. El mesero alcanza a ver el mango que sobresale del bolsillo en el lado izquierdo del saco. Espera, pero tanto el hombre como la mujer permanecen callados. El hombre apoya las manos sobre los muslos y chasquea la lengua, arrugando la frente, con la mirada en el mostacho del mesero.

—Otra botella de shira para la cuatro —pide el mesero al barman. Observa a la pareja, se pasa el dorso de la mano por debajo de la nariz.

—Ya está —dice el barman y hace un péndulo con la botella delante de él.

—Espérate.

Barman y mesero espían a la mujer, que ha sacado de su bolso una cajita que brilla bajo las lámparas del restaurante como el flash de una cámara escondida bajo su brazo. El hombre se pone de pie y rodea la mesa para ponerse detrás de ella.

—¿Qué? —pregunta el barman, estirando el cuello. Mira alternadamente hacia la mesa cuatro y a su compañero, cuyos dedos igualan el color de las uñas en contraste con el verde botella.

—Espérate.

El hombro visible de la mujer se estremece y el mesero logra escuchar una especie de gemido que lo hace tomar el cuello de vidrio y volver a paso rápido hacia la mesa. Paso que va perdiendo velocidad cuando percibe el humo del cigarrillo en la mano temblorosa y el encendedor que el hombre guarda en el mismo lugar donde ha escondido el cuchillo sucio. Los pies del mesero se detienen. El hombre regresa a su lugar y se estira; inclina la silla hacia atrás y lo mira retomar el paso hasta la mesa más próxima, de la que el mesero toma un nuevo cuchillo. Se lo entrega despacio, aunque con el descuido suficiente para extenderlo con el filo tendido.

Ella llora pero sonrío con los labios apretados alrededor de la boquilla en plata. Lanza el humo hacia arriba, agita un poco el cabello y entrecierra los ojos. Inclina la cabeza a un lado, contemplando al hombre que recibe el cubierto y retoma la carnicería con una mueca distinta.

Entre mueca y mueca masca y mira a Carmen que sigue con esa sonrisa agradecida y mantiene la vista baja, mientras el mesero intenta descorchar la botella una, dos, tres veces hasta lograrlo.

Masca y ve los ojos de Carmen moverse de un lado a otro, apenas asomándose bajo las pestañas. Masca suave, virtuosamente, como si máscara.

## Si el sujeto vivo es femenino

«No existimos en la mayoría de esos tiempos;  
en algunos existe usted y no yo;  
en otros, yo, no usted;  
en otros, los dos.»  
JORGE LUIS BORGES

Abro la puerta y ahí está él, bajo la luz neón del pasillo. El nombre de Gonzalo ya tiene un rostro para recordarlo. Viene acompañado de una serie de imágenes: Gonzalo en su coche, esperando a que mi hermano salga de la casa, Gonzalo en la salita de espera del hospital, ofreciéndose a pasar la noche con Ulises, Gonzalo sentado en la sección de los familiares y sin toga el día de su graduación.

—¿Alicia?

Gira el hombro izquierdo hacia atrás en un tic nervioso.

—Sí, sí... pasa...

Un apretón de manos y luego el abrazo obligado. No estoy muy segura si es que la gente quiere dármelo o yo misma me coloco en alguna postura que pide eso: un abrazo. Aprieta mi cuerpo contra el suyo y el abrigo de lana me pica el cuello.

—Lo siento mucho.

Extiendo un brazo para indicarle hacia dónde caminar, como si las tuberías sobre el techo no marcaran el camino hacia la única habitación. Prefiero que pase de una vez, a tener que sentarnos y hacer un preámbulo: quiero verlo después, cuando haya leído los papeles. Entonces le ofreceré café y las galletas que trajeron las tías.

—En la universidad él hablaba mucho de ti, decía que ustedes dos eran los locos de la casa, los que dudaban de eso que todos los demás consideramos real... ¿Sigues escribiendo?

Sonríó. Mi hermano no hubiera dicho eso. Tengo que admitir que Gonzalo tiene buena memoria para los oficios, aunque no sepa inventar citas para los muertos. Su creación me gusta más que las frases célebres de otras visitas a nombre de Ulises.

—¿Cómo está tu mamá?

Se lleva la mano a la nariz. Es muy educado para mencionar el olor a cloro al que me he acostumbrado.

—Bien. Pero ella no sabe —lo miro a los ojos, con el tirador de la puerta en la mano, a un paso de entrar a la habitación de Ulises. Una expresión de sábana blanca le cubre la cara.

—¿Tú ya lo leíste?

—No.

Miento. He dicho tantas mentiras en los últimos días.

—Quise decir que mamá se quedó con la versión del accidente.

—Ah.

—¿Listo? —abro y dejo que contemple el escritorio, el cuaderno de hojas amarillas y el paquete guardado en una bolsa de plástico. Todo ahí, dispuesto para él, como lo hubiera dejado mi hermano, con el mismo descuido. Sólo me faltó dejar un cenicero lleno de colillas para completar

la ilusión.

—¿No vas a quedarte?...

Señala la silla, por no apuntar al catre que hace pensar más en un camarote de un barco inmóvil, en lugar de una habitación.

—No. Te espero afuera.

Cierro la puerta detrás de mí y escucho sus pasos. Debería ir a la cocina a lavar las tazas para el café. Pienso en la taza de Sofía, la que se rompió la noche antes de la apendicitis de Ulises, hace veinte años; una taza única, según él. Resisto el impulso de entrar y preguntarle a Gonzalo si es cierto, si él también cree que hubo un cruce. Doy un paso y lo oigo moviéndose otra vez, como si él también hubiera estado esperando. ¿Y si no fuera Gonzalo quien se sienta en este momento delante del escritorio? ¿Si fuera mi hermano quien recorre la silla? El sonido de las calderas se activa en el pasillo de afuera; siento que mi cuerpo va hacia atrás, como si de verdad hubiera una marea debajo de nosotros y no una alberca dos metros sobre el techo. Me recargo en la pared. ¿Estaba tan cerca?

Vuelvo a la sala. Ahí siguen los rodillos de alfombra adaptados como mesas, Ulises. El sofá salido de una venta de cochera, tu colección de ceniceros, el ajedrez sobre la silla que te regalé el año pasado en Navidad; un soborno para hacerte venir a la cena. Todo iluminado por las luces amarillentas que, de apagarse, dejarían el departamento en completa oscuridad. Como una tumba, pienso. Una tumba con litros y litros de agua bajo los cuales sepultarte, hermano. Tomo asiento en el sofá, me envuelvo con la colcha que usabas para cubrirlo. Tu olor sube desde los espacios vacíos del hule espuma: cítrico, cloro y tabaco quemado.

No quería levantar la cabeza.

Imaginé que el cunero no estaba ahí.

En lugar de la pared de cristal otro pasillo.

Conectado a otro pasillo.

A otro.

Pero siguió ahí.

Me concentré en el barandal.

Lo demás se hizo borroso.

Toqué la pared de vidrio con los dedos pegados.

Miré mi mano.

Nada más que de mi mano.

Hasta que las camitas de plástico y los bultos dejaron de existir.

Cierro los ojos y veo a Gonzalo leyendo tu diario y las notas. Supongo que en las palabras te reconoce, como te reconoció aquella mañana en la clínica. ¿Habrá llegado tarde porque Sofía le avisó después? ¿O será que perdió el tiempo a propósito? Pudo haberse quedado en el coche, a unas cuadas del hospital. La voz de Sofía, todavía reciente en su oído con la noticia del parto. Aunque sus pasos iban hacia delante sobre el asfalto, la voz lo obligaría a ir hacia atrás, a la casa de Sofía y al momento en el que ella les propuso llevar a cabo el experimento que hasta entonces sólo había sido una hipótesis. Quiero imaginármelo con la sensación de que el mundo que conoce va a cambiar al cruzar la puerta de la clínica. La misma sensación lo lleva de regreso a la mesa,



porque debe haber sido alrededor de una mesa donde consideraron hacerlo. Y tuvo que haber sido él, Gonzalo, quien se atrevió a corregir la ecuación.

—Sólo tiene sentido si el sujeto vivo es femenino.

Los tres lo habían sabido desde que concibieron al paradoja para el seminario sobre Everett. Sólo que entonces había sido fácil pasar por alto el error: a los dos les gustaba Sofía.

—Si fuéramos Ulises o yo quienes penetráramos un cadáver femenino, no habría manera de comprobar el cruce de paralelos. El embarazo se daría en la línea de tiempo en que las mujeres siguen vivas y nosotros estaríamos buscando resultados desde este punto... Sólo tiene sentido si lo hace Sofía.

No quiero participar.

Sofía dice que eso me hace la variable perfecta.

Me quiere ahí.

Soy el único que defiende el fenómeno del observador.

¿Cómo escuchará tu voz en su cabeza? ¿Será igual a la que percibo yo? Voz de hermano menor al que hay que tomar de la mano para cruzar la calle.

Sofía hace ruido con la nariz cuando se ríe.

Le pregunté a Gonzalo si pensaba que nuestro deseo hace que sus partículas la configuren hermosa.

—Por supuesto que no, engendro de Bohr: ella es hermosa y horrible al mismo tiempo.

Abro los ojos y la luz constante, amarilla que ilumina todo igual no me permite saber cuánto tiempo ha pasado, si me he quedado dormida o sólo he cerrado los ojos un par de minutos. Antes de buscar el reloj de la cocina, me asomo para asegurarme de que sigue ahí. Alcanzo a ver la línea de luz por debajo de la puerta y el movimiento de su sombra. Debería de ir a la cocina a lavar las tazas, pero me quedo ahí, otra vez delante del falso camarote, pensando en qué punto del diario estará. Adivino que para él será más fácil encontrar el orden de las entradas. Él estuvo ahí.

No pregunté cómo había conseguido el cadáver.

Sé que tiene un tío en el Ministerio Público.

Gonzalo lo puso al centro de la sala, envuelto en una sábana.

Sofía sentada en el sillón.

La taza roja en sus manos.

Descalza.

Tenía las uñas de los pies pintadas.

Tuve que apagar la luz.

El estuvo ahí, quizá tan inquieto como Ulises, esperando en la oscuridad.

—¿Me dejas prender una lámpara, Sofi?

¿Le habrá dicho «Sofi» alguna vez?

—No podemos grabar sin luz.

Y ella:

—Espérame.

—Sí.

Dócil, distinto al Gonzalo que, cuando asistía a la clase de mecánica clásica levantaba la mano hasta que el profesor le diera turno: «A ver, maestro, si no tenemos una idea clara del límite de nuestra masa ni la ubicación de nuestros electrones, ¿usted cree que es válido tomar lista, si estamos, pero no estamos aquí?»).

Mi hermano escuchando a Sofía que se quita la ropa. El foco verde de la cámara. *On, off. On. Off. On.* Un sonido de fricción: su piel y la del cadáver.

Sofía se detuvo. ¿A cuál de los dos habrá llamado? ¿A ti, Ulises?

—Ulises... no puedo.

—Voy a prender la luz.

Tus ojos se encontraron con los de Gonzalo. Él también parecía aliviado de encontrarte lejos de ella.

—¿Estás bien?

—No puedo...

Lo veo señalándote la tela blanca, dándote indicaciones para tapar el cuerpo. Seguro dijo algo así como:

—Está bien, Sofi... no tienes que hacerlo. Ahí lo dejamos...

La mano de Sofía sobre tu muñeca antes de que pudieras tocar la sábana. Helada.

—No pude tenerlo dentro.

—Olvidalo.

Gonzalo empezó a envolver al muerto. El aire se desplazaba cargado de sudor. Partículas de Sofía.

Y la ella agarrada de tu brazo:

—¿Se puede hacer algo para endurecerlo?

Dije que sí para poder soltarla.

Fui a la mesa por un cigarro.

El encendedor falló una, dos, tres veces.

Volví a decir que sí.

Sí.

Quiero abrir la puerta. Pero él no ha terminado. No parece haber terminado. Podría pegar la oreja al metal oxidado para comprobar que sigue ahí. Aunque no hay forma de comprobarlo, tú dirías lo contrario. Doy un paso atrás. No he preparado el café. Voy directo a la cocina: tengo que lavar las tazas.

¿Por qué es tan importante?

¿Para qué?

¿Habrá tenido una explicación Gonzalo? No creo que te hayas atrevido a preguntárselo. Enjuago las tazas una por una; el sonido del agua se mezcla con su voz en mi cabeza:

—¿Qué sé yo? Lo que sí me queda claro es que una vieja que no quisiera hacer esto no sugeriría meterle una manguera al compadre de allá atrás.

Un gesto hacia la cajueta. Las ventanillas cerradas a pesar del calor y el humo. La ceniza del cigarro cayó sobre tu dedo índice, manchado de amarillo como siempre, y rodó por las vestiduras.

—Su papá murió en un accidente hace dos años. Supongo que para ella es importante probar que una persona muerta y enterrada sigue viva en otro lado. No sé...

Hubieras querido saber sus razones, pero tendrías que haber estado listo para exponer las tuyas. Independientemente de que no fuera posible publicar los resultados de un experimento así, no tenías fe. Gonzalo lo sabía. También ella.

Busco el jabón debajo del fregadero. Ahí está tu paquete de cigarrillos. Enciendo uno. El humo se tuerce hacia arriba. Lo veo hacer figuras de tornillo sobre mi mano húmeda. Pienso en las piernas de Sofía, afianzándose a los muslos muertos. Impulsando su cuerpo arriba y abajo. Y me parece verte, hermano, detrás del humo de cajetillas enteras, contando cada movimiento, aunque no los registraras en tu cuaderno como hiciste con los nombres y las claves.

Alfredo Sánchez Galeana ..... 40 años ..... Muestra ASG008

Enrique Sahagún P. .... 37 años ..... Muestra ESP012

Alberto López Cuevas ..... 48 años ..... Muestra ALC022

¿Eran sus nombres de verdad, o se los inventabas? Pongo la colilla bajo el chorro de agua y sisea. Se apaga. Decido que llegó un punto en que los inventabas; incapaz de ver las actas de defunción que los acompañaban: los hacía más personas, menos cosas, más capaces de disfrutar por debajo de ella. Busco el reloj dentro de la alacena, un reloj despertador que cualquiera hubiera puesto sobre un buró, pero tú decidiste ocultar entre las galletas saladas y los condimentos. Me doy cuenta de que todavía no me atrevo a sacarlo, como si en cualquier momento fueras a llegar y extrañarte de encontrarlo fuera de lugar. Seco las manos en mis pantalones y avanzo hasta el pasillo; cada vez más pequeño. La luz sigue encendida dentro de tu cuarto. El sonido de tus papeles, como si acabara de darle la vuelta a uno; lo confirma. Tengo la impresión de que se ha quedado quieto, presintiéndome al otro lado de la puerta. Vuelvo a la cocina. Cuando el café esté listo. No he terminado de lavar las tazas. Prendo la cafetera.

La taza roja se cayó.

Rota.

Hecha pedazos.

Sofía desnuda.

Llorando.

No pudo juntar las piezas.

Tampoco dejó que me acercara.  
Gonzalo dice que fue por el olor.  
—Ya no puedo conseguirlos igual de frescos.  
Está cansado.

No quisiste averiguar si estaba cansado del experimento o de verla y saber que sólo tendrían algo con ella si se convertían en uno de los cadáveres sobre la alfombra. Si yo no te hubiera descubierto esa mañana de marzo, escondido debajo de la cama, aguantándote el dolor, Ulises... Pero te encontré, hermanito. Te encontré.

Gonzalo se quedó conmigo.  
—¿Cómo crees que vamos a tener sesión sin ti? Eres la constante perfecta —le pregunté si me hubiera llevado a la sala de Sofía.  
Dijo que sí.  
—Yo también lo he pensado. No sabes cuántas veces cierro los ojos antes de pasarme un alto.

Ella no fue a verte ni llamó a la casa. No recuerdo cuánto tiempo te dieron de reposo, ni qué noche volviste a salir con la excusa de los reportes de fin de semestre. Y tampoco tengo idea de qué suponíamos entonces que pasaba en la casa de tu compañera de clase, porque no te veíamos como el protagonista del posible romance al interior de su trío. Aunque sabíamos que estabas enamorado, el galán tenía que ser él. Tú eras el brillante. Y ella el hermoso parásito de ambos. Eso creíamos. No podríamos haber imaginado lo que realmente pasaba. De cualquier manera, nos sentimos aliviados cuando nos enteramos de la deserción de Sofía.

Pasó.  
Lo supe cuando la vi con la taza roja en la mano.  
Esperé a que la soltara para revisarla.  
Le pregunté si había comprado otra.  
Se rió.  
Gonzalo no.  
No dijimos nada sobre el cruce hasta que se hizo la prueba de embarazo del mes de marzo.

Escucho la puerta abriéndose, pero cuando vuelvo al pasillo ya no está. Debe haber entrado al baño. Será que ya conocía tu departamento; el útero donde pasaste diez años haciendo las labores de intendente y encargado del mantenimiento de las calderas. Pero en tus notas parece que no volviste a ver a Gonzalo desde la graduación, a la que asistió a pesar de haberse retrasado y quedado en una generación ajena a la tuya. Tampoco parece que Sofía hubiera regresado de donde fuera que se haya ido para comunicarse contigo. Intento recrear tu funeral y las pocas personas detenidas a los costados de la fosa en la que ahora te encuentras. Ninguna de ellas corresponde a la de Sofía o a la de un hijo de veinte años que pudiera tener el hueso saliente de tu nariz al centro

de su cara.

Tres niñas y dos niños.

Todos pelones.

Nada parecido a los átomos color cobre en los rizos de Sofía.

Mi mano hizo una marca en el cristal.

La quité y poco a poco desapareció.

Una señora se detuvo junto a mí.

Fui a la terraza.

Necesitaba otro cigarro.

¿Qué hubiera contestado si me preguntara cuál era el mío?

Ojalá que Gonzalo tampoco haya podido distinguir un nombre cuando miró a través de la pared de vidrio en el área de maternidad. ¿Habrá logrado reconocer tu nariz en alguno de ellos? Veo también a la mujer de tus notas, retorciéndose de gusto como hacen las abuelas.

—Ése es mi nieto... Aunque no les pongan los nombres todavía, una sabe. Basta con verlo.

—¿Cuál?

Suena tranquilo, aunque lo delata el movimiento del hombro, un poco hacia atrás.

—¿Es aquél?

—¿A poco no está precioso?

—Sí, señora, hermoso.

Hermoso y horrible al mismo tiempo.

—¿Y el suyo?

—La verdad es que no sé... no me lo va creer, pero me parecen todos iguales.

Ríe, el hombro regresa a su lugar.

—Digo, menos el de usted...

Ella se ríe. Su nariz no hace ruido.

—Ahorita se lo encuentro...

Propone ella y vuelvo a verle la parte de atrás de la cabeza. Él aprovecha para buscarte, recorre con la mirada la sala de espera: dos filas de sillas color naranja, unidas por una barra de hierro, una mesita.

—¿Ya sabe si es varón o nena?

—No. Quisimos que fuera sorpresa.

Parece encogerse un poco, como si se acordara de Sofía pidiéndoles los datos de la muestra: «considérense fuera de lo que queda del experimento si no la encuentran...».

¿Qué significa saber que sigo aquí, pero no en otro lado?

¿Qué sentido tiene ser papá de algo que sólo prueba que estás muerto?

¿De verdad quiero saber?

Gonzalo tiene razón.

Lo mejor es perder las muestras.

Todas.

Y entonces no sé qué es lo que sigue. Porque todo depende de dos escenas, cada una con un pasillo que lleva a otro pasillo y a otro. En la primera Gonzalo volteo hacia donde estás, sin dejar de sonreírle a la señora, aunque ya no sigue la conversación con ella. Camina hasta ti, porque tú no te mueves nada. Y decide quedarse callado, dar un abrazo que significa lo que has temido desde tu operación, Ulises: eres padre, pero no eres.

La otra comienza con Gonzalo retirándose del cristal antes de que la mujer lo reconozca en el bebé a quien él ya ha identificado. Gonzalo descubriéndote de pie, junto a una maceta tan quieta como tú, hermano. Gonzalo prefiere hacerte creer que todo es posible y las realidades se cruzan, a explicarte que pudo estar con Sofia una de esas noches cuando tú no asististe al ritual por estar hospitalizado. «No va a pasar nada, Sofi. Te prometo, no va a pasar nada... te hace falta».

—¿Alicia?

Su voz detrás de mí hace que se caiga la taza de mi mano. La porcelana roja choca en la tina de acero y se rompe. El olor a cigarro recién prendido me envuelve y se pega a mi piel como la humedad y la sensación de que si volteo no voy a verlo a él, sino a ti, hermano. El vapor empieza a chillar por las tuberías encima de nosotros, dándome tiempo. No sé cuánto, pero suficiente para quedarme donde estoy y cerrar los ojos como si apagaran las luces para pedir un deseo: que Gonzalo no hubiera venido a la cita; que la voz que respondió al marcar su número de teléfono hubiera dicho que ahí no vivía nadie con ese nombre y que fueras tú quien me llamas, sorprendido de encontrarme en tu cocina a esta hora, debajo de las capas de cemento que nos separan de la alberca y sus toneladas de agua suspendida, aséptica, sin tiempo.

—¿Alicia?

—¿Alicia?

# Índice

[La cabeza decapitada](#)

[Dedicatoria y epígrafe](#)

[CABEZA](#)

[Benito hacía milagros](#)

[Crucero](#)

[Emoto](#)

[Lotería](#)

[Benito hacía milagros](#)

[Crucero](#)

[Emoto](#)

[Lotería](#)

[CORTAR LA CABEZA](#)

[El patíbulo](#)

[Kung-fu](#)

[Método CRHOCOD](#)

[Fantasmas](#)

[El patíbulo](#)

[Kung-fu](#)

[Método CRHOCOD](#)

[Fantasmas](#)

[PERDER LA CABEZA](#)

[El sillón de Morel](#)

[Apagón](#)

[Mascara](#)

[Si el sujeto vivo es femenino](#)

[El sillón de Morel](#)

[Apagón](#)

[Mascara](#)

[Si el sujeto vivo es femenino](#)